

CUENTOS Y LEYENDAS

DE LOS ÁRBOLES

Ana Alonso



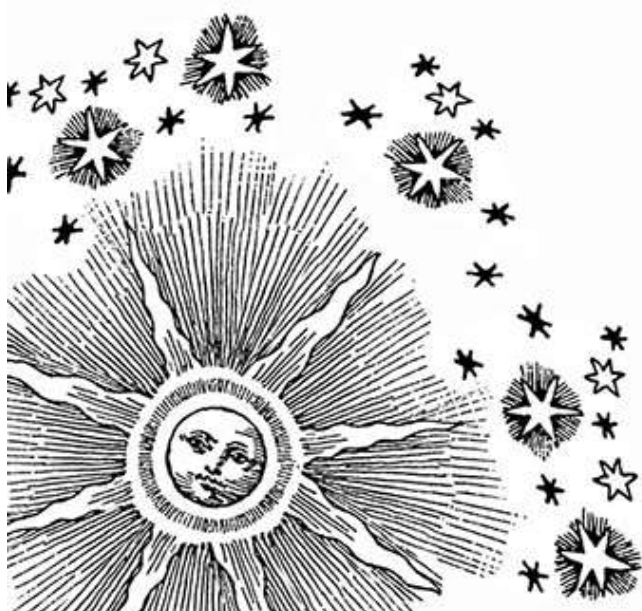
TUS LIBROS

CUENTOS Y LEYENDAS

se

CUENTOS Y LEYENDAS DE LOS ÁRBOLES

Ana Alonso



I

La batalla de los árboles

LEYENDA GALESA^[1]

Lleu nunca entendió por qué su madre, Arianrhod, lo odiaba tanto. Ningún héroe galés era tan valiente en el campo de batalla, ni tan risueño en las noches de verano, cuando los jóvenes bailaban alrededor de las hogueras. Nadie se mostraba tan ingenioso como él a la hora de planear las cacerías, y todo el que lo conocía llegaba a tomarle cariño, incluidos los animales (tenía un halcón, media docena de perros y dos caballos). Arianrhod, sin embargo, no lo quería. Unos decían que era porque aquel hijo le recordaba los errores de su juventud, otros que su corazón se había secado al traerlo al mundo y nunca había vuelto a florecer.

Pero a Lleu no le importaban los desprecios y el rencor de su madre. Desde pequeño se había criado con su tío Gwydion, que además de ser el mejor de los guerreros conocía los secretos de la naturaleza y de la magia. Gracias a eso, Gwydion había logrado proteger a Lleu de las maldiciones que Arianrhod le lanzaba cada vez que lo veía.

La primera de esas maldiciones había dejado al muchacho sin nombre, pero Gwydion se lo devolvió. La segunda maldición condenaba a Lleu a no poder usar más armas que las que su madre le diera, pero Gwydion engañó una vez más a Arianrhod para que, sin saberlo, ofreciese las mejores armas a su hijo.

La tercera maldición fue la más difícil de romper. Arianrhod, al ver a su hijo crecido y en edad de tomar esposa, lo condenó a no poder casarse con ninguna mujer mortal. Gwydion lloró al conocer el maleficio. No soportaba

la idea de que su sobrino viviese sin saber lo que era el amor. Así que estuvo investigando en los viejos libros del hechicero Math hasta que encontró una solución para el problema de Lleu. Si no podía casarse con una mujer humana, le daría una esposa hecha con los seres más hermosos nacidos de la tierra.

Para fabricar a la mujer de Lleu, Gwydion tomó flores de roble^[2] y de retama^[3] y las mezcló con rosas silvestres. Después de macerar su preparado en agua de lluvia, pronunció sobre él los conjuros antiguos que había hallado en los libros de Math. Y de las flores de roble y de retama mezcladas con rosas surgió la muchacha más bella que se haya visto jamás. Al contemplar la fresca rosada de su rostro, Gwydion decidió llamarla Blodeuedd, que significa «Cara de flor».

—Aquí tienes a tu esposa —le dijo a Lleu, que contemplaba a Blodeuedd maravillado—. Cuida de ella y ámala para que ella pueda amarte a ti y hacerte feliz.

Lleu se enamoró de Blodeuedd en cuanto la vio. Al principio, la quería tanto que no soportaba separarse de ella. Pero después se fue acostumbrando poco a poco a ver a Blodeuedd cada mañana al despertar, y cada tarde hilando en la rueca junto a la ventana, y cada noche removiendo pensativa el agua para hervir la avena sobre los rescoldos del fuego. Y llegó un momento en que la belleza de su mujer dejó de conmoverle. Le aburría encontrarse con aquella frágil delicadeza cada vez que regresaba a su casa. Quería distraerse contemplando otros rostros y otros lugares. Así que empezó a ausentarse cada vez más tiempo para participar en torneos y batallas por todo el territorio de Gales y también en Irlanda, al otro lado del mar.

Blodeuedd lloraba cuando Lleu se iba. Ella no tenía un corazón humano y no sabía estar sola consigo misma. Si no tenía cerca a Lleu para verse reflejada en sus ojos, sentía que no existía. Se asustaba. Se sentía vacía por dentro. Se aburría muchísimo.

Una tarde, cansada de llorar, se arregló para ir a una fiesta que ofrecía Grown Pebr, el señor de Penllyn. Cuando llegó al castillo de Grown con su capa de lana roja y sus brazaletes de perlas, descubrió que ella era la única

invitada. Así que bailó con Grown Pebr toda la noche y se enamoró de él. Al amanecer, Grown le dijo:

—Tienes que ser mi esposa. No soporto la idea de alejarme de ti.

—Pero yo ya tengo un esposo —contestó ella—. ¿Qué voy a hacer con Lleu?

—Es muy sencillo: lo mataremos —dijo Grown—. Así podremos estar juntos.

Como Blodeuedd no tenía un corazón humano, no sabía amar de verdad. Así que aceptó el plan de Grown. Pero cuando empezaron a pensar el modo de ponerlo en práctica, se dieron cuenta de que no era tan fácil como parecía, porque Lleu estaba protegido por los conjuros de Gwydion, y no se le podía matar ni de día ni de noche, ni dentro de un edificio ni al aire libre, ni caminando ni cabalgando, ni vestido ni desnudo, ni con ningún arma conocida.

Aun así, Blodeuedd sabía que su marido no era inmortal. Tenía que existir alguna forma de matar a Lleu. Y si existía, Lleu debía de saber cuál era. Blodeuedd se propuso sonsacarle su secreto la próxima vez que regresase a casa.

Cuando Lleu volvió de una cacería de ciervos en las tierras del norte, se sorprendió al encontrarse a su mujer de tan buen humor. Se había habituado a hallarla siempre enfurruñada y pálida, y a sufrir sus reproches por haberse ausentado durante tanto tiempo. Sin embargo, esta vez Blodeuedd no se quejó al verle ni se enfadó con él. En lugar de eso, le echó los brazos al cuello y le susurró que le había echado mucho de menos.

Lleu se enterneció ante aquel recibimiento. Abrazó a Blodeuedd, la miró a los ojos y su belleza le dejó sin aliento. ¿Cómo había podido olvidarse de que su esposa era la criatura más perfecta sobre la Tierra? Y además, se la veía tan alegre, y tan interesada en sus cosas... No dejaba de hacerle preguntas. Y a Lleu le gustaba hablar de sí mismo: le contó sus éxitos en los últimos torneos, algunas de sus hazañas guerreras más antiguas, y habló de un bosque mágico que había visitado en la infancia con su tío Gwydion.

—Le debes mucho a tu tío —observó Blodeuedd—. Gracias a él, nadie en este mundo puede matarte ni hacerte daño.

—Bueno, eso no es del todo cierto —dijo Lleu sonriendo—. Es verdad que nadie puede matarme ni de día ni de noche, ni dentro de un edificio ni al aire libre, ni caminando ni cabalgando, ni vestido ni desnudo, ni con ningún arma conocida. Pero podrían matarme durante el crepúsculo, envuelto en una red, con un pie dentro de una bañera y el otro encima de una piel de cabra, a la orilla de un río y con una espada forjada^[4] a lo largo de un año entero durante las horas en que todo el mundo acude a misa.

Blodeuedd le contó a Grown lo que su marido le había revelado, y entre los dos planearon la muerte de Lleu. No fue fácil conseguir que se dejase conducir a la orilla del río y envolverlo en una red para después meterle un pie en una bañera mientras con el otro pie le hacían pisar una piel de cabra, pero lo consiguieron. Había pasado un año, y Grown había tenido tiempo de encargarse a un herrero que forjase durante las horas de misa la espada que iba a utilizar.

Pero lo que pasó cuando Grown hundió la espada en el pecho de Lleu no fue lo que él y Blodeuedd esperaban, porque Lleu, en lugar de morir, se convirtió en un águila y huyó volando. Gwydion vio pasar el águila por encima de su castillo y reconoció a su sobrino. Inmediatamente fue a por su caballo para ir en busca del desgraciado muchacho.

Encontró al águila en lo alto de un roble. Gwydion sabía que, para devolverle la forma humana, debía conseguir que el águila bajase a tierra y se metiese bajo la sombra del árbol, pero para lograrlo tuvo que entonar un canto mágico, porque Lleu no recordaba nada de su vida anterior y no quería pisar el suelo como los hombres. Sin embargo, la magia de Gwydion era tan poderosa, que al final consiguió lo que se había propuesto. Su canción mágica atrajo al águila a tierra y su sobrino recuperó su cuerpo y su rostro. Volvía a ser Lleu.

Para castigar a Blodeuedd, Gwydion la convirtió en un búho, y le dijo:

—No te atreverás a asomar nunca más tu rostro a la luz del día, y existirá una enemistad eterna entre tú y el resto de las aves. Ellas te despreciarán dondequiera que vayas y no encontrarás un rincón en el mundo donde vivir tranquila.

Blodeuedd quedó convertida en un búho al instante, y ya no pudo contestar. Después, Gwydion se fue en busca de Grown para hacerle pagar

por su crimen, pero Grown huyó. Cabalgó días y días buscando un sitio donde esconderse, pero sabía que antes o después Gwydion lo encontraría. El único lugar donde podía refugiarse era el reino de Annon, también conocido como el Otro Mundo.

Para que Arawn, el rey de Annon, le dejase entrar en sus dominios, Grown cazó un corzo blanco y se lo regaló. A Arawn le pareció el animal más bonito que había visto nunca, y dejó que Grown se quedase a vivir con él.

Pero Grown no podría vivir tranquilo mientras Gwydion siguiese buscándolo, así que se le ocurrió una idea para terminar definitivamente con su enemigo. Una noche, mientras todos dormían, Grown mató al corzo blanco. Por la mañana, le dijo a Arawn que el responsable de la muerte del animal había sido Gwydion.

Fue entonces cuando el señor del Otro Mundo le declaró la guerra al tío de Lleu. Y como no se lo esperaba, Gwydion no estaba preparado.

—¿Qué vamos a hacer? —le dijo Lleu—. Ni siquiera tenemos tropas para combatir, y ellos cuentan en su ejército con el mejor guerrero del mundo. Según dicen, solo se le puede vencer averiguando su nombre.

—¿Dices que no tenemos un ejército? —replicó Gwydion—. ¡Claro que lo tenemos! Míralo, está delante de ti.

Lleu miró y solo vio un bosque de altos árboles que mecían sus copas en el viento. Pero justo en ese instante tuvo la impresión de que los gruesos troncos comenzaban a moverse. ¡Sí, se estaban moviendo! Avanzaban todos a la vez, como un ejército en formación.

—¿Qué milagro es este? —preguntó.

—El milagro de los árboles. Yo siempre los he protegido a ellos, y ahora ellos quieren protegerme a mí —contestó Gwydion—. No tenemos que hacer nada, sobrino... Ellos solos se enfrentarán al señor del Otro Mundo.

Y así fue. Primero atacaron los alisos y los serbales, después los espinos blancos^[5]. Los guerreros de Arawn caían como moscas ante el avance imparable de los árboles. Solo uno de ellos, el guerrero sin nombre, se resistía con fiereza y blandía su espada como si fuera un hacha, tronchando ramas y rebanando troncos. Varios álamos^[6] cayeron bajo sus ataques, y hasta los robles tuvieron que retroceder, incapaces de detenerlo.





Pero mientras los robles se retiraban, el acebo^[7] se acercó al guerrero sin nombre por detrás y le hizo cosquillas con los pinchos de sus hojas. De la risa del guerrero cayeron algunas letras que Gwydion recogió y ordenó.

—Te llamas Bran —le gritó al guerrero—. Ese es el nombre secreto que se escondía dentro de tu pecho, y que la risa te ha robado.

Después de decir esto hundió su espada entre las costillas de Bran y este cayó al suelo de bruces, muerto.

En ese mismo instante los robles se pusieron a cantar con sus ramas oscilando en el viento, y Arawn escuchó lo que decían: estaban contando que Gwydion no había sido el responsable de la muerte del corzo. Era Grown quien había matado al animal, y ellos lo habían visto.

Arawn dejó que las lágrimas empapasen su rostro y dio orden a los soldados que le quedaban para que se retirasen.

Respecto a Grown, no se le permitió regresar al Otro Mundo, y nadie en el nuestro ha vuelto a verlo jamás.

II

Apolo y Dafne^[8]

LEYENDA GRECOLATINA^[9]

No es de extrañar que Apolo se creyese el mejor de los dioses griegos. Era sin duda el más apuesto, su valentía se había vuelto legendaria, como arquero y cazador no tenía rival, y por si fuera poco se le consideraba el protector de la música y las artes, así como el inventor de la medicina. Los hombres lo invocaban cuando estaban enfermos llamándolo «El Auxiliador», y los músicos lo honraban para asegurarse de que sus cantos sonasen siempre bien afinados.

La fama de su destreza con el arco creció aún más cuando en el Olimpo, donde vivían todos los dioses, se supo que Apolo había logrado abatir con sus flechas a la descomunal Pitón, una serpiente monstruosa que durante años había dominado el oráculo de Delfos^[10], donde las sacerdotisas podían sondear en el espejo del tiempo y adivinar el porvenir.

Después de su victoria sobre el monstruo, el oráculo se encontraba bajo la protección del dios, y él, para conseguir los mejores sacerdotes e instalarlos en Delfos, se convirtió en delfín y de ese modo atrajo un barco donde viajaban los más sabios y virtuosos ancianos de la isla de Creta^[11].

Orgulloso de todas aquellas hazañas, Apolo regresó al Olimpo para tomarse un descanso de sus quehaceres. Y una mañana, mientras contemplaba los valles al pie de la montaña desde una roca, se fijó en que el pequeño Eros^[12], al que consideraba el más débil de los dioses, se estaba entrenando con el arco.

Apolo, divertido por la escena, se acercó a él y le dijo:

—¿Qué ocurre, pequeño? ¿Tú también quieres convertirte en un héroe disparando flechas, como yo? Eros, no eres más que un niño. Yo que tú dejaría las armas y elegiría juegos menos peligrosos. ¿No eres acaso el dios del amor? Pues dedícate a esas chiquilladas y no toques las cosas de los mayores.

Eros miró a Apolo indignado. Era el único dios niño, y estaba harto de que todos se metiesen con él por creerlo más débil que los demás.

—Es cierto que tus flechas pueden matar monstruos y las mías no —reconoció—. Pero mis flechas pueden destrozar el corazón de un hombre y hasta el de un dios sin necesidad de matarlo.

—Eso es una estupidez —replicó Apolo en tono burlón—. No se puede tener el corazón destrozado y seguir vivo.

—¿Eso crees? Muy bien... Te voy a dar la ocasión de comprobarlo.

Con asombrosa rapidez, Eros se sacó una flecha de oro de su aljaba^[13] y se la disparó a Apolo, clavándosela en el pecho. Apolo no sintió un dolor intenso, solo una ligera quemazón, como si una abeja le hubiera picado. Se arrancó la flecha de oro y miró a Eros con una sonrisa de lástima.

El dios niño, en ese instante, estaba apuntando con otra flecha a una joven que pasaba corriendo junto al río. Antes de que Apolo pudiera impedirlo, la flecha ya volaba en dirección a la muchacha. Desde lejos, Apolo vio cómo el proyectil se clavaba en la espalda de la joven.

Y también notó algo más: un sentimiento nuevo para él y que le hacía desear acercarse a aquella joven, hablarle, tocar sus cabellos y acariciar su piel...

Había oído hablar de aquellas reacciones, y de inmediato comprendió que se había enamorado. La culpa de todo la tenía Eros. La flecha que le había clavado era una flecha de amor. Sí, amaba desesperadamente a aquella joven que, a la orilla del río, acababa de arrancarse otra flecha parecida de su espalda.

Apolo miró a Eros a los ojos. El orgullo había desaparecido de su rostro. Sonreía con humildad. Se inclinó graciosamente, como haciendo una reverencia.

—Está bien, dios niño, admito que me he equivocado contigo. Tus flechas no son menos poderosas que las mías. Ahora ya sé qué es eso del

amor. Gracias por hacérmelo entender. ¿Tú conoces el nombre de la muchacha a la que amo? —añadió señalando en dirección al río.

—Se llama Dafne y es una dríade^[14], hija del dios río Peneo —contestó Eros sonriendo a su vez.

—He visto que también le has disparado a ella una de tus flechas —continuó Apolo—. Yo... No sé cómo darte las gracias. El amor de esa joven es para mí, en este instante, lo más valioso del mundo. He recibido una gran lección. Eros, estoy en deuda contigo. Pero ahora, si me perdonas, voy a buscar a mi amada.

Eros emitió una carcajada cristalina.

—¿Vas a buscar a Dafne y crees que ella te recibirá con los brazos abiertos? —preguntó—. Ay, Apolo, ahora el que parece un niño eres tú. ¿De verdad pensabas que iba a premiar tu arrogancia regalándote el amor de una de las criaturas más bellas del Olimpo? Ni en sueños. Tú la amas a ella, pero ella no te ama a ti.

Apolo lo miró sin comprender.

—Pero Eros... Yo he visto cómo le disparabas una flecha a ella también. Eso quiere decir que me amará lo mismo que yo a ella.

Eros se acercó a Apolo y abrió su aljaba para mostrarle las flechas que contenía.

—Fíjate bien —le dijo—. No todas son iguales.

Apolo sacó con cuidado dos flechas de la aljaba de Eros. Una tenía la punta de oro, afilada y brillante. La otra la tenía de plomo, pero no era menos afilada.

—¿Cuál es la diferencia entre las dos? —preguntó con el alma en un hilo.

—La flecha de oro hace nacer en la víctima un amor apasionado que es capaz de enfrentarse a toda clase de dificultades —explicó Eros encantado consigo mismo—. La flecha de plomo provoca lo contrario: un rechazo inquebrantable hacia el que ama.

—Y la flecha que le has disparado a Dafne...

Apolo no terminó la frase. El dios del amor lo hizo por él.

—Era de plomo.

Los ojos de Apolo, normalmente claros, se volvieron del color del cielo durante la tormenta.

—Tú no eres más que un dios menor. No puedes compararte conmigo —dijo en tono amenazador—. Iré en busca de Dafne y romperé este absurdo hechizo tuyo con mis poderes. Ella me amará. ¿Cómo podría no amarme? Soy Apolo. Todo el mundo me ama.

Sin aguardar la respuesta de Eros, Apolo echó a correr hacia el lugar donde había visto a Dafne. La dríade seguía en el mismo sitio, tejiendo una guirnalda de anémonas y campanillas^[15] azules junto a las aguas de su padre, el río.

Al ver aproximarse al dios con aquel aspecto sediento y angustiado, Dafne sintió un miedo incontrolable. Arrojó al suelo la corona de flores que estaba tejiendo y echó a correr. Como todas las dríades, era ligera y ágil. Parecía moverse a la velocidad del viento. Pero Apolo era un dios, uno de los más poderosos. Antes o después le daría alcance.

Cada vez más cerca de ella, Apolo intentaba detener la huida de la joven con palabras tranquilizadoras:

—Dafne, querida, no escapes de mí como si yo fuera tu enemigo. Huyes como el cordero del lobo o el cervatillo del león, pero yo no quiero hacerte ningún daño. Al contrario, solo deseo amarte. ¡Déjame que te ame, te lo ruego!

Dafne miró hacia atrás y vio que Apolo le estaba ganando terreno. La expresión feroz y apasionada de su rostro contrastaba con la suavidad de sus palabras. Más asustada que antes, intentó redoblar la velocidad de su carrera.

Apolo comenzaba a desesperarse.

—Dafne, tú sabes que esta persecución solo puede terminar de un modo. Por favor, deja de correr de esa manera. Podrías caerte y hacerte daño, y no quiero que por mi causa las zarzas arañen tus piernas ni que el duro suelo hiera tus rodillas.

Dafne no hizo ningún caso de las advertencias del dios. Por un instante, tuvo la sensación de que había logrado aumentar la distancia que los separaba. Miró a su alrededor y reflexionó un momento, pensando hacia

dónde dirigirse. Sus pasos la habían alejado de su padre, el río Peneo. Debía regresar hacia él. Peneo era el único que podía protegerla.

La terquedad de Dafne había conseguido irritar de verdad a Apolo. El dios no estaba acostumbrado a que nadie se opusiese a sus deseos.

—Dafne. No sabes lo que estás haciendo, no sabes con quién te la estás jugando. No soy un pastor ni un vigilante de rebaños. A mí me obedecen los hombres y me respetan los dioses. Mi padre es Zeus, señor del Olimpo, y soy el protector del oráculo de Delfos, que puede revelar el presente, el pasado y el porvenir. Todos los instrumentos musicales del mundo dependen de mí para sonar armoniosamente. Y en cuanto a mi habilidad como arquero... Nadie la pone en duda. Aunque esta vez he sido yo la presa y otro el cazador.

Dafne ya no tenía fuerzas para seguir corriendo. Sabía que en cualquier momento se derrumbaría en el suelo, exhausta. Apolo había vuelto a acortar distancias. Unos cuantos pasos más y se lanzaría sobre ella. Casi podía sentir el cálido aliento del dios en su nuca...

Aterrorizada, invocó a su padre, el río.

—Protégeme, padre —suplicó en un susurro—. Ya sé que tu poder no puede compararse con el de Apolo, pero haz lo que esté en tu mano para evitar que me atrape.

En ese instante, notó los dedos de Apolo aferrándola con fuerza por el hombro. Y al mismo tiempo, sintió que su vientre y sus piernas se volvían rígidos y dejaban de moverse. Miró hacia abajo y observó con estupor cómo su suave piel se iba transformando en la áspera corteza de un árbol.

La transformación avanzaba con rapidez: las manos se convirtieron en ligeras ramas, todo su cuerpo quedó inmóvil y se volvió madera. Al final, también sus cabellos y su rostro.

Cuando Apolo la abrazó, Dafne ya no tenía forma humana. Era un árbol grácil, de hojas oscuras y brillantes: un laurel^[16].

Con los ojos llenos de lágrimas, Apolo se abrazó al tronco del árbol. Permaneció así durante horas, empapando con su llanto la corteza del laurel. No quería separarse de su amada.

Estaba cayendo la tarde cuando por fin dejó de llorar. Continuaba abrazado a Dafne, ahora convertida en árbol.

Entonces le vinieron a la mente las palabras de Eros cuando había afirmado que sus flechas podían destrozar el corazón de un hombre o de un dios sin matarlo. Y comprendió que tendría que vivir para siempre con el corazón roto. Y que tendría que acostumbrarse a aquel dolor.





Apolo y Dafne, del escultor, arquitecto y pintor italiano Gian Lorenzo Bernini (Nápoles, 1598 - Roma, 1680).

Con delicadeza, besó el tronco del laurel que tenía abrazado.

—Ya que no puedes ser mi esposa, Dafne, te convertirás en mi árbol —le dijo—. Siempre llevaré coronas de tus hojas en mi cabello, y adornaré con ellas mi aljaba y mi cítara^[17]. Te convertiré en un símbolo de triunfo. Con tus hojas se engalantarán los guerreros que regresen victoriosos del campo de batalla. Y puesto que yo, como inmortal, estoy destinado a una eterna juventud, te concedo a ti un verdor eterno para tus ramas.

Apolo cumplió su promesa. Y esa es la razón por la que las hojas de este árbol permanecen siempre verdes, y por la que los guerreros, los poetas y los músicos, todos ellos protegidos por Apolo, reciben cuando se quiere premiar su talento una fresca corona de laurel.

III

El regalo de Atenea

LEYENDA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

A veces los dioses griegos se enamoraban de criaturas mortales. Y algunas veces se enamoraban de las ciudades de los hombres. Esto fue lo que sucedió cuando los griegos construyeron la ciudad de Atenas, en la costa del mar Egeo^[18].

El lugar no parecía en principio mejor ni peor que cualquier otro; pero había algo en aquella llanura surcada de ríos y rodeada de colinas que atraía a los viajeros necesitados de descanso y a los guerreros que soñaban con el regreso al hogar. Quizá por eso, cuando los hombres comenzaron a construir sus casas allí, justo en medio de la llanura, aparecieron dos dioses que se dedicaron a vigilarlos de cerca: por un lado, Poseidón, el señor del mar; por otro, la diosa Atenea, señora de la inteligencia y de la guerra.

Los trabajos de construcción prosperaban, y pronto se pudo ver un pequeño laberinto de viviendas y templos en aquel enclave cercano al mar. La ciudad crecía sobre las colinas, cuatro de las cuales sobresalían entre las otras por su altura: el monte Licabeto, la Acrópolis, Filopappos y Tourkovounia.

Desde aquellos lugares elevados, las vistas eran ciertamente majestuosas. Al sur quedaba el golfo Sarónico, al norte el monte Egaleo, al noroeste se distinguía el monte Parnés, y al noreste el monte Pentélico. Además, tres ríos regaban la llanura, proporcionando agua dulce a sus nuevos habitantes: eran el Cefiso, el Eliso y el Erídanos.

Los hombres, inspirados por la belleza del paisaje, ponían cada vez más empeño en conseguir que la ciudad que estaban construyendo estuviese a la altura de la naturaleza y rivalizase con ella en hermosura. Trajeron piedras de una cantera cercana y las tallaron para elevar las columnas de sus primitivos templos, situados sobre la Acrópolis.

Atenea y Poseidón no perdían detalle de aquellos avances. Los dos estaban decididos a proteger la ciudad a cambio de la adoración de sus habitantes. Pero debían ser estos quienes eligiesen a quién querían servir.

Una vez terminados los principales edificios y el ágora, que era la plaza en la que se reunían los ciudadanos para ponerse de acuerdo sobre asuntos importantes, llegó el momento de darle nombre a la ciudad. Se celebró una gran fiesta en la Acrópolis con comida, bebida, música y baile. Y en medio de la fiesta aparecieron los dos dioses que se disputaban el lugar.

El primero en hablar fue Poseidón.

—Apreciados mortales, tengo que felicitaros por esta hermosa población que habéis construido. Por su cercanía al mar y por la belleza de sus construcciones, la considero digna de mí. Así que os exijo que me nombréis vuestro dios protector y sacrificuéis una ternera en mi nombre.

Los ciudadanos cuchichearon entre ellos. Algunos ya habían visto aparecer, en una roca algo por encima de la multitud, la imponente figura de Atenea con su armadura dorada.

—Te agradecemos mucho que quieras protegernos —dijo Cécrope, que había sido nombrado rey de la ciudad—. Sería un gran honor servirte y elegir un nombre que te honre para este lugar...

Cécrope se calló al ver que Atenea descendía con elegancia hacia ellos. Los ojos azules de la diosa se clavaron en los del nuevo rey.

—Sé que quieres lo mejor para tu pueblo, pero eres inexperto todavía en el oficio de gobernar, y esto podría hacerte cometer errores —le dijo—. Ciertamente, mi tío, el señor del mar, es un dios digno de ser honrado y venerado. Pero ¿os habéis preguntado en qué puede beneficiaros a vosotros estar bajo su protección? ¿Qué puede ofreceros Poseidón? Pedidle que os haga un regalo valioso para la ciudad. Veremos si consigue rivalizar con el mío.

De nuevo la cima de la Acrópolis se llenó de cuchicheos y rumores. Todos querían saber cuál era el regalo que Atenea quería ofrecerles, pero ella respondía a sus preguntas con una sonrisa.

—Por respeto a mi tío, prefiero darle a él la oportunidad de que ofrezca su regalo primero —dijo—. Quién sabe, tal vez sea lo bastante valioso para que os decidáis por él antes de saber lo que yo os quiero dar.

En respuesta a las palabras de su sobrina, Poseidón golpeó el suelo enérgicamente con su tridente^[19]. La tierra se abrió con un ronco bramido, y apareció un pozo.

—¿Qué puedo ofrecerlos? ¡Esto puedo ofrecerlos! —rugió, con una voz que parecía hecha de olas rompiendo en los acantilados—. Agua. Toda el agua del mar. Ella os llevará a descubrir nuevos territorios y a conquistar lugares lejanos si os decidís a surcarla con vuestros barcos. Esta ciudad puede ser el germen de un inmenso imperio.

Los ojos de algunos hombres comenzaron a brillar de codicia. Poseidón estaba en lo cierto: no podía haber nada más valioso que el mar. Viajando por él descubrirían nuevas tierras y las dominarían.

Atenea, sin embargo, sonrió con desdén.

—Bebe del pozo que ha creado mi tío —le propuso a Cécrope—. Es lo mínimo que puedes hacer, antes de decidir.

Cécrope hizo descender un cubo de madera y lo izó de nuevo lleno de agua. Al beber del cubo, sus labios se contrajeron en una mueca de repugnancia.

—Puj —exclamó—. Es agua salada. Ni siquiera se puede beber.

Poseidón se maldijo interiormente por su torpeza. Generalmente no solía prestar demasiada atención a los mortales, y se le había olvidado que ellos necesitaban agua dulce para sobrevivir.

—Ahora me toca a mí —dijo Atenea—. Esto es lo que yo puedo daros.

La diosa se arrodilló en la tierra y plantó en ella una semilla. A los pocos segundos, de aquel germen brotó un tallo verde que crecía a ojos vista, volviéndose cada vez más robusto y alto. Muy pronto, el tallo se transformó en tronco, y de él brotaron ramas con hojas pequeñas y resistentes que tenían el envés plateado.

—¿Qué árbol es este? —preguntó Cécrope—. Nunca lo había visto.

—Es un olivo —explicó Atenea—. De su fruto se extrae un aceite dorado que vuelve más sabrosos todos los platos que se cocinan con él, y que con sus poderes benéficos protege la salud de vuestro corazón.

Las discusiones entre los habitantes de la ciudad subieron de tono. No se ponían de acuerdo. Una parte de los habitantes (casi todos varones) preferían el agua del mar a aquel árbol de tronco retorcido. Otros, sin embargo (y entre ellos se encontraban casi todas las mujeres) habían quedado fascinados por el regalo de Atenea.

—Esperad —dijo Poseidón—. Como soy más viejo y más poderoso que mi sobrina, voy a ofreceros un segundo regalo que sin duda no querréis rechazar. Fijaos bien.

Poseidón golpeó brutalmente la tierra con su tridente. Se formó una grieta, y de ella brotó un magnífico animal de pelo lustroso y oscuro, con crines en el cuello. Era un caballo.

—Este será vuestro compañero en las batallas —explicó Poseidón—. Podréis cabalgar sobre él y lanzarlo contra las tropas del enemigo. Os brindará una gran ventaja en el combate. Si os gusta, puedo daros cientos como este. ¿No es un buen regalo?

—Es un regalo para abandonar la ciudad, para alejarse de ella y conquistar nuevos territorios —dijo Atenea—. En eso se parece a tu primer regalo, porque el agua del mar sirve para lo mismo. Mi regalo no es para irse de la ciudad, sino para quedarse en ella y convertirla en un hogar donde puedan vivir vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos. El olivo, con sus raíces, os anclará al suelo. Y con el jugo dorado de sus frutos os alegrará cada uno de vuestros días sin necesidad de que corráis a conquistar nuevas tierras.

Volvieron a comenzar las discusiones y los cuchicheos. Cécrope, harto del tumulto, alzó su voz por encima de las demás.

—Podemos conversar hasta la eternidad sin ponernos de acuerdo —dijo—. Lo mejor será que votemos para decidir. Los que estén a favor de que aceptemos los regalos de Poseidón, que alcen la mano.

Todos los varones de la ciudad alzaron la mano, incluido el propio rey. Cécrope contó los votos uno a uno. Eran trescientos trece.





—Muy bien —exclamó—. Ahora, que levanten la mano quienes prefieran aceptar el regalo de Atenea.

Todas las mujeres de la ciudad levantaron la mano. Cécrope las contó. Eran trescientas catorce.

El rey suspiró profundamente, carraspeó para aclararse la garganta y dijo con voz firme:

—Está decidido. Nuestra ciudad honrará a Atenea, y su nombre será Atenas.

Poseidón, que no estaba acostumbrado a perder, no se lo tomó nada bien. Se alejó de la ciudad sin decir nada, pero al día siguiente provocó una violenta inundación que anegó los edificios de Atenas y arrastró a algunos de sus habitantes. Siete días después, la inundación se repitió. Y tres días más tarde sucedió de nuevo. Estaba claro que el dios del mar no iba a olvidar fácilmente el desplante que le habían hecho los atenienses. Estos ya no sabían cómo defenderse de sus ataques. Por eso, después de reunirse, decidieron enviar a Cécrope a hablar con él.

—Dios del mar, tú sabes que yo y otros muchos elegimos tu regalo en lugar del de Atenea. Pero las mujeres se dejaron engatusar por el olivo y sus jugos dorados, y al final ganaron la votación.

—Muy bien. ¿Queréis que os perdone? Entonces castigad a las mujeres —contestó Poseidón—. Que nunca vuelvan a decidir nada, y que sus hijos no hereden sus nombres.

Cécrope aceptó, y desde aquel día las mujeres no pudieron volver a participar en las decisiones públicas ni perpetuar su nombre haciéndolo vivir en el de sus hijos. Y así fue durante miles de años, hasta que las mujeres, hartas del miedo que los hombres le tenían a Poseidón, y de otras muchas cosas, decidieron recuperar el derecho del voto y de ponerle nombre a sus hijos.

En cuanto a Atenea, cumplió fielmente su palabra y protegió durante siglos a la ciudad que había elegido su regalo. Los olivos se convirtieron en una de las grandes riquezas de Atenas, y los comerciantes que vendían su

aceite contribuyeron a la prosperidad de la ciudad. El olivo de la diosa guerrera aún puede contemplarse hoy entre las ruinas de la Acrópolis. Muchos enemigos de Atenas han tratado de destruirlo, pero el olivo siempre vuelve a brotar. Por algo es el árbol de la más sabia de las diosas: siempre resurge de sus cenizas, y se hace más fuerte en la adversidad.

IV

El árbol al revés

LEYENDA AFRICANA

Hace mucho, mucho tiempo, nació a la orilla de un lago el primer baobab de la historia. Desde que echó su primer tallo quedó claro que iba a ser un árbol fuerte y hermoso. Él notaba por dentro la energía de la savia que subía desde las raíces para alimentar sus ramas todavía jóvenes, y se sentía orgulloso de sí mismo. «¡Qué hermoso debo de ser!» pensaba. Y si hubiese tenido boca hubiese sonreído de placer, pero no la tenía, porque era un árbol.

Año tras año el baobab se iba haciendo cada vez más alto y poderoso. Ahora ya podía mirar a su alrededor y observar al resto de los árboles que crecían a la orilla del agua. Algunos tenían enormes flores blancas que olían de maravilla, otros exhibían hojas tan grandes y verdes que parecían hechas de esmeraldas. Los había de troncos gráciles y esbeltos, de ramas delicadas y flexibles, y otros mostraban una corteza tan resistente que ni los leones de afiladas garras podrían haber dejado en ella la señal de un arañazo.

Al baobab le fascinaba toda aquella variedad de árboles. No tenía inconveniente en admirar la fragancia de las flores de las acacias^[20], ni la deliciosa sombra del nogal^[21], ni la brillantez de las hojas del ficus^[22], ni las resplandecientes flores de las eritrinas^[23], que tienen forma de estrellas rojas. Cada una de aquellas especies poseía su belleza. Pero en el fondo, el baobab estaba convencido de que ninguna de ellas podía compararse con él. Nunca se había visto a sí mismo, es cierto, pero sentía la pujanza de sus brotes y eso le hacía imaginarlos más verdes y tiernos que los de ningún

otro árbol. Sentía el viento danzando entre sus ramas y se convencía de que ninguno de sus compañeros las tenía tan flexibles y esbeltas como él. Notaba el calor del sol en su corteza y se decía a sí mismo que debía de ser la corteza más blanca y delicada del reino vegetal; y en cuanto a sus flores... Aún no le había salido ninguna, pero no dudaba de que, cuando le salieran, tendrían vivos colores y exhalarían un perfume embriagador.

Una tarde, mientras el baobab reflexionaba sobre todas aquellas bendiciones que le habían tocado en suerte, la brisa que siempre soplaba suavemente en las orillas del lago se calmó de pronto. Las aguas del lago, normalmente encrespadas por el aire, también se quedaron quietas. Y al detenerse, se volvieron tan lisas y resplandecientes como un espejo.

El baobab las contempló maravillado. ¿Qué era aquel bosque que parecía haber surgido donde antes no había más que agua? Al principio pensó que se trataba del hechizo de un brujo, pero luego empezó a reconocer a algunos de sus compañeros árboles: allí estaba el magnolio^[24] con sus flores que parecían de cera; y el ficus, con sus hojas oscuras y brillantes; y la acacia, con sus delicadas ramas de las que pendían fragantes racimos de flores blancas... ¡Estaba viendo el reflejo de la orilla!

Pero, en ese caso, ¿dónde estaba él? ¿Dónde estaba el más bello y perfecto de los árboles?

El baobab miró hacia abajo y se estremeció desde las raíces hasta la última de sus hojas. Sí, allí estaba su reflejo también, entre el de los otros árboles; solo que no se parecía en nada a lo que él había imaginado. Porque su tronco no era largo y esbelto, sino abombado y gordo; sus ramas parecían torpes dedos que salían de aquel tronco deforme. Sus hojas, diminutas y de un deslucido verde claro, no podían competir con las de las otras especies que había visto. Y en cuanto a su corteza, en lugar de parecerse a las mejillas sonrosadas de los niños humanos, como él había imaginado, se parecía a la piel gruesa y rugosa de los elefantes.

El baobab se mantuvo durante largo rato mirando aquella imagen fea y ridícula que le devolvía el lago. ¿De verdad tenía aquel aspecto? No se lo podía creer. Un árbol como él, tan lleno de vida y de belleza por dentro, merecía algo mejor.

Continuó contemplando fijamente su reflejo hasta que cayó la noche y el agua se volvió tan oscura que ya no podía ver nada. Entonces, en lugar de dormirse, como hacían todos los árboles tras la puesta de sol, el baobab se puso a pensar. No tenía intención de conformarse con aquella desgracia que le había tocado. ¿Por qué iba a ser él, de todos los árboles del mundo, el más horrible y desgraciado? No había hecho nada para merecer ese castigo. No le parecía justo.

Después de darle muchas vueltas, decidió presentar una queja ante el Creador. En cuanto el sol asomó de nuevo tras las colinas de oriente, el baobab se puso a gritar su nombre con toda la fuerza de su tronco medio hueco y de sus desgarradas ramas.

—¡Creador! ¡Creador! Te exijo que te presentes ante mí, porque debes darme una explicación. ¿Cómo es que al repartir la belleza entre los árboles a mí no me tocó nada? Mi tronco es áspero como el lomo de un rinoceronte, mis ramas desordenadas y torpes como los intentos de volar de un pájaro recién nacido, mi tronco es tan abombado y deforme que parece el dibujo mal hecho de un niño humano... ¿Cómo piensas arreglar este desastre? Te lo advierto, Creador, yo no tengo mucha paciencia. Ya he sufrido bastante al verme así... Es hora de que me compenses por tus errores dándome todo lo que me falta.





El baobab es un árbol tropical de tronco muy ancho (hasta 10 m de diámetro), de corteza gruesa y grisácea, copa poco densa, ramas escasas, hojas palmeadas que caen en verano, flores grandes y blanquecinas y frutos oblongos y leñosos de gran tamaño.

El Creador había salido de entre las nubes para oír aquel pequeño discurso del árbol. Mientras el baobab hablaba, escuchó con una mezcla de asombro y diversión en su pícaro rostro de joven guerrero. Cuando el árbol terminó de quejarse, el Creador se le acercó flotando por el cielo y le dijo:

—Pero vamos a ver, ¿a ti qué te pasa? ¿Es que tú crees que yo hago a mis criaturas únicamente para que sirvan de adorno? La belleza no es algo que a mí me interese especialmente. Algunas criaturas me salen más armoniosas y otras más desagradables a la vista, pero eso no tiene nada que

ver con su función en el mundo. Piensa, por ejemplo, en el hipopótamo. ¿A ti te parece un animal hermoso?

—No, porque no lo es —contestó el baobab—. Pero, volviendo a lo mío...

—El hipopótamo no es hermoso porque no hace ninguna falta que lo sea —le interrumpió el Creador, enardecándose a medida que hablaba—. El hipopótamo está perfectamente diseñado para aprovecharse de las ventajas del agua y de la tierra, y puede nadar en el río o salir a comer hierba, según le plazca. ¿Tú crees que no está contento con su suerte? ¿Tú crees que le importa su fealdad?

—No tengo ni idea —reconoció el baobab—. Pero el caso del hipopótamo no tiene nada que ver con el mío. Yo no poseo ninguna ventaja sobre los otros árboles, pero soy más feo que los demás. ¡Tienes que darme otro aspecto!

—Absurdo. Completamente absurdo. Como si todo lo que existe sobre la Tierra tuviese que ser delicado y agradable a la vista. ¿Qué opinas del chillido de las hienas? No es bonito, ¿verdad que no?

—Pero ¿y eso a qué viene ahora? —preguntó el baobab, desesperado.

—Viene a que las hienas no se quejan. ¿Tú crees que se han quejado alguna vez por tener una voz tan horrible? Nunca. Y ahora me vienes tú con estas tonterías. Tú, que a fin de cuentas tienes un tronco, unas ramas y unas hojas como todos los árboles...

—Pero no son como los de los otros —insistió el baobab—. Son mucho más feos. ¡Ayúdame, por favor!

El Creador lo miró fijamente. Hacía mucho tiempo que había dejado de sonreír.

—Da gracias de que no te castigue por tu vanidad —dijo por fin—. Me voy. No vuelvas a molestarme con estas tonterías. Soy el Creador de todo lo que existe, y tengo un millón de cosas que hacer.

Antes de que el baobab tuviese tiempo de reaccionar, el Creador se había disuelto entre las nubes. Pero el árbol no se quedó conforme. No pensaba renunciar a sus reivindicaciones. A él le parecían más que justas.

Decidió esperar un tiempo antes de volver a dirigirse al Creador para plantearle una vez más su problema. Aguantó sin quejarse hasta una

mañana de finales de verano en que la brisa se calmó completamente y volvió a ver su reflejo en el lago.

No soportaba aquella visión. No podía hacerse a la idea de que aquella criatura grotesca fuese él.

Así que, sin pensárselo más, volvió a llamar al Creador con los chirridos y crujidos de sus ramas.

—Creador, ya he tenido suficiente paciencia —gritó—. Ya es hora de que soluciones mi problema. Tú puedes hacerlo, y si no lo haces es por pura holgazanería. ¿Por qué no te presentas aquí de una vez y me ayudas?

Los otros árboles escucharon asombrados aquella llamada. Y el Creador también la escuchó. De improviso apareció entre las nubes y miró al baobab con el ceño fruncido. Esta vez no parecía que se estuviese divirtiendo.

—No te entiendo, baobab —le dijo—. No entiendo que te preocupe tanto tu aspecto. ¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque cuando el viento se calma veo mi reflejo en el lago y no puedo soportar mi fealdad. Si al menos no tuviese que verme... Si lo arreglases todo para que nunca dejase de soplar la brisa en mi orilla...

—Se me ha ocurrido una idea mejor. Quieres dejar de verte, ¿no es eso? Pues tengo la solución.

Con su mano firme de adolescente, el Creador arrancó el baobab de la tierra. Después le dio la vuelta y lo volvió a plantar, dejándolo con las raíces en el aire y las ramas enterradas en el suelo.

El baobab intentó quejarse, pero la boca se le llenó de humus^[25] negro y no pudo pronunciar ni una palabra. A partir de ese día, nunca más volvió a verse, porque está plantado al revés, y sus raíces crecen hacia el cielo mientras sus ramas cavan hacia abajo. De vez en cuando todavía sueña con aquella noche de calma junto al lago. ¡Lo que él daría por volver a respirar el aire fresco de la orilla!

Sin embargo, no tiene muchas esperanzas de que eso suceda. Sabe que el Creador no olvida con facilidad. Pero el baobab es un árbol muy resistente, y nunca pierde la esperanza. Por si acaso, él hace todo lo posible para ayudar a los mortales con las propiedades medicinales de sus frutos y de su corteza. ¿Quién sabe? A lo mejor el Creador un día lo perdona a

cambio de sus buenas obras y le permite volver a vivir con las raíces en el suelo y las ramas en el cielo, como debe ser.

V

El árbol del conocimiento

RELATO BÍBLICO

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, se dio cuenta de que eran criaturas inteligentes, pero frágiles, y para protegerlos decidió mantenerlos a salvo en un maravilloso jardín que había hecho crecer para refrescarse en él cada vez que necesitaba descansar de sus innumerables responsabilidades. Este jardín era el paraíso terrenal, y en él podían encontrarse toda clase de plantas. Algunas daban flores fragantes, otras frutos sabrosos y comestibles, y de otras se podía aprovechar hasta la raíz. Dios dijo al hombre y a la mujer:

—Todo lo que veis aquí está a vuestra disposición. Podéis comer de todas las plantas y árboles que os rodean, salvo de esos dos árboles que veis en el centro. El de la izquierda es el árbol del conocimiento, y el de la derecha el árbol de la vida. No se os ocurra probar sus frutos, porque lo lamentaríais eternamente.

El primer hombre, que se llamaba Adán, aceptó de buen grado la prohibición de Dios. La existencia que había recibido le parecía maravillosa y perfecta en todos los aspectos. ¿Qué necesidad tenía de ponerla en peligro comiendo un fruto prohibido, cuando había tantos otros que podía disfrutar sin ningún problema? Lo malo era que los frutos del árbol de la vida y los del árbol del conocimiento tenían un aspecto muy tentador.

A veces Adán se preguntaba cómo sería su sabor: ¿más bien dulce? ¿Tal vez un poco ácido? Sentía curiosidad... pero de inmediato intentaba pensar en otra cosa, porque no quería desobedecer a su Creador.

La primera mujer, que se llamaba Eva, escuchó la prohibición de Dios con el ceño fruncido. ¿Por qué no quería el Señor de todas las cosas que Adán y ella probasen aquellos frutos? ¿Sería porque se los reservaba solo para él? Tal vez si comían de ellos se volverían tan poderosos como el Creador, y podrían inventar seres de todas clases y darles vida.

En todo caso, solo había una manera de saberlo: desobedeciendo el mandato de Dios y probando los frutos prohibidos.

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. Y no porque Dios los vigilase o porque los árboles estuviesen protegidos por muros o barreras. No: las dos plantas crecían justo en el centro del paraíso terrenal, y fueras adonde fueras siempre terminabas pasando cerca de ellas. Habría bastado con extender la mano para alcanzar uno de sus frutos. El problema no era ese... El problema era que Eva temía desatar la cólera de Dios si desobedecía su orden.

Un día se sentó debajo del árbol del conocimiento. Estaba pensando si atreverse o no atreverse a arrancarle un fruto cuando vio una serpiente verde y viscosa que se deslizaba por encima de sus raíces.

—Si vas a hacerlo, hazlo ya —dijo la serpiente—. Estás perdiendo demasiado tiempo.

Eva la miró asustada. Nunca había oído hablar a ningún animal, y no sabía si era algo normal o no.

—No sé a qué te refieres —contestó—. Yo solo estaba aquí refrescándome a la sombra.

—Estás mintiendo. Tú quieres probar del fruto del árbol del conocimiento, pero te da miedo la reacción de Dios. ¿A que sí?

El asombro de Eva aumentó. ¿Cómo era posible que aquella serpiente conociese sus más íntimos pensamientos? ¿Quién era?

—Yo soy el demonio, y no debería estar aquí —explicó la repugnante criatura, como si le hubiese leído la mente—. Dios me ha castigado a estar lejos de su presencia, pero a veces me cuelo en el paraíso para estar cerca de él, porque lo echo de menos.

—¿Y por qué te castigó Dios? —quiso saber Eva, curiosa.

La serpiente hizo el gesto más parecido a encogerse de hombros que puede hacer una serpiente.

—Lo desobedecí. Lo mismo que estás a punto de hacer tú. Yo también quería probar... Quería saber.

—¿Y no te arrepientes de haber desobedecido?

De nuevo, la serpiente hizo aquel gesto de indiferencia.

—Ya es demasiado tarde para eso. Me conformo con lo que me ha tocado en suerte. Si me dieran a elegir, no querría volver atrás. Ahora que sé lo que sé, ¿cómo podría querer no saberlo?

Curiosamente, aquel argumento terminó de convencer a Eva. Si la serpiente-demonio no se arrepentía de saber, ella tampoco se arrepentiría. Con decisión, arrancó un fruto del árbol del conocimiento (unos dicen que se parecía a una manzana, otros que era como un higo) y se lo comió a mordiscos.

Aquella noche, cuando Adán se reunió con ella, la notó diferente. Los ojos de Eva parecían más profundos, como si estuviesen mirando hacia dentro en lugar de hacia fuera. Y su silencio... su silencio le recordó al del cielo en los momentos previos al estallido de una tormenta (porque en el paraíso terrenal también había tormentas de vez en cuando).

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adán, desconcertado ante aquella transformación de su compañera—. ¿Qué has hecho?

Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas. Adán nunca había visto llorar a nadie, pero se dio cuenta de que las lágrimas no se parecían a la lluvia, porque nacían de un peso en el corazón. Y entonces, sin saber por qué, a él también le entraron ganas de llorar.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho, Eva? —repitió.



*Adán y Eva (1580), del pintor barroco de la escuela flamenca Peter Paul Rubens (1577-1640).
Museo Casa de Rubens, Amberes, Bélgica.*

—Tú no puedes comprenderlo —contestó Eva en tono cansado.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo entenderlo yo, vamos a ver? —insistió Adán.

Eva lo miró con una sonrisa de lástima.

—Porque tú no sabes nada. Tú no has comido el fruto del árbol del conocimiento. Yo sí.

Adán sondeó los ojos de Eva. Durante unos instantes permanecieron callados, desafiándose con la mirada.

De pronto, Adán se puso en pie con decisión y empezó a caminar hacia el árbol del que había comido Eva.

Ella fue tras él y lo agarró por un brazo.

—¿Qué haces? —le preguntó—. Te arrepentirás. Cuando pruebes ese fruto todo cambiará para ti. No volverás a ser feliz. Verás cosas que ahora no ves, y eso te hará desgraciado.

Adán buscó de nuevo la mirada de Eva.

—¿Tú te arrepientes? —preguntó—. ¿Te arrepientes de haberlo hecho?

Ella, muy seria y con los ojos llenos de lágrimas, negó con la cabeza.

—No puedo arrepentirme —explicó—. ¿Cómo puede uno arrepentirse de saber?

Adán asintió con un gesto y reanudó su camino. Eva no intentó detenerlo más. Se quedó mirándolo mientras él, sin dudarlo, arrancaba un fruto del árbol del conocimiento y se lo llevaba a los labios.

A la mañana siguiente, cuando Dios fue a ver a Adán y Eva para charlar un rato con ellos, los notó cambiados. Y comprendió lo que había sucedido.

—Os dije que no probaseis el fruto de ese árbol —les recordó.

—Sí, lo dijiste —reconoció Eva.

—Pero como no sabíamos distinguir el bien del mal, no podíamos obedecerte —añadió Adán, un poco desafiante—. No puedes culparnos de nada.

—Yo no os culpo —dijo Dios—, ni deseo castigaros, pero el conocimiento es un castigo en sí mismo. Porque el que conoce y distingue el bien y el mal no puede vivir despreocupado, ignorando los errores que cometió. Siempre tiene en el corazón el peso de lo que ha vivido, y el temor

por lo que tendrá que vivir. Con ese peso no se puede permanecer en el paraíso, supongo que os dais cuenta.

—Entonces, ¿tenemos que irnos? —preguntó Eva—. Pero ¿adónde? ¿Qué hay fuera de aquí?

—Fuera está el mundo que he creado, con todas sus imperfecciones y con toda su belleza. Yo ya no puedo protegeros más, os habéis quedado solos. Eso es lo que significa distinguir el bien del mal: uno tiene que tomar sus propias decisiones. Os deseo suerte... Vais a necesitarla.

Asustados y llenos de tristeza, Adán y Eva comenzaron a caminar hacia la salida del paraíso. Dios iba en silencio detrás de ellos.

Estaban ya a punto de cruzar el umbral y salir al mundo, cuando Eva se volvió a mirar al Creador.

—Una pregunta —dijo—. ¿Qué habría pasado si, en lugar de probar del árbol del conocimiento, hubiésemos comido del árbol de la vida?

—Que seríais inmortales, como yo —contestó Dios—. Y eso os haría todavía más infelices que el conocimiento del bien y del mal. ¿Os imagináis lo que sería sentirlos como os sentís ahora durante toda la eternidad? Pero no os preocupéis. De ese árbol no vais a probar ni vosotros ni nadie. A partir de ahora no pienso correr riesgos. Llamaré a los querubines^[26] para que rodeen el árbol de la vida y lo protejan con sus espadas de fuego; así ninguna de mis criaturas tendrá que sufrir la maldición de la inmortalidad.

VI

Yggdrasil

LEYENDA DE LA MITOLOGÍA NÓRDICA

Para los vikingos, el mundo de los hombres no era más que una rama del gran Yggdrasil, el fresno del universo. Este árbol sagrado posee nueve ramas en total, y cada una de ellas sostiene un mundo. Por todos ellos pasó Odín cuando salió en busca del secreto de las runas^[27].

Los mundos inferiores de Yggdrasil son Helheim, el hogar de los muertos, Svartalfaheim, el hogar de los elfos^[28] oscuros, y Nifheim, el hogar de las nieblas y el terror. Por encima de estos tres se encuentra Jötunheim, la tierra de los gigantes. Encima de esta se halla Midgard, donde viven los hombres. Y aún más arriba, las ramas de Yggdrasil conducen a Vanaheim, el hogar de los vanir^[29], a Alfheim, donde habitan los elfos de la luz, a Asgard, que es el reino de los dioses, y a Muspelheim, el mundo primordial del fuego.

Yggdrasil posee tres raíces. La primera se dirige hacia la fuente de Hvergelmir, la segunda hacia la fuente de Mimir, y la tercera a la casa de las nornas, que son las tejedoras de los tapices de los destinos. La vida de cada persona es un hilo en su telar, y ellas se encargan de entrelazar unos hilos con otros para componer los intrincados laberintos de la existencia humana. También tejen los tapices de los dioses, pero no les permiten verlos. La mayor de las nornas, Urd, es la señora de lo que ya ha ocurrido. La mediana, Verdandi, es la dama de lo que ocurre ahora, y la tercera, llamada Skuld, es la protectora de lo que debería suceder. Las tres nornas trabajan juntas en todos los tapices que salen de sus telares, pues el pasado, el

presente y el futuro están entrelazados y no pueden ser separados de ninguna manera.

Yggdrasil rezuma miel, y en sus ramas vive un águila sin nombre que tiene entre los ojos un halcón conocido como Vedrfölnir. También cobija a una ardilla llamada Ratatösk, a un dragón llamado Hidhöggr y a cuatro ciervos, que son Dainn, Dvalinn, Duneyrr y Duraprör.

A Odín, el más poderoso de los dioses, le gustaba cruzar todos los días el puente del arcoíris para ir a descansar un rato bajo las ramas de Yggdrasil. Aunque descansar, lo que se dice descansar, no descansaba mucho; porque mientras permanecía allí tumbado sobre las raíces del gran fresno, tenía la sensación de que el universo estaba lleno de secretos y verdades escondidas. Aquel árbol era una encrucijada de caminos, y solo viajando por sus ramas y raíces se podía llegar hasta los diferentes mundos que componían el universo.

Odín comprendió que, si quería obtener el conocimiento de todo lo que existe, tendría que recorrer los caminos de los nueve mundos. Así que se subió a lomos de su caballo Sleipnir y se dispuso a emprender el viaje. El fresno Yggdrasil le permitió ascender por su tronco y recorrer cada una de sus ramas. Así pudo el dios visitar todos los reinos. Pero cuando regresó de su largo recorrido, se dio cuenta de que no había aprendido nada nuevo. El conocimiento que buscaba no se podía encontrar recorriendo los nueve mundos, pues estaba dentro de él.

Odín decidió entonces ir a la fuente de la sabiduría, custodiada por el gigante Mimir.

—He venido a beber del agua de tu fuente —le dijo Odín a su tío Mimir—. Pues tengo una gran sed de conocimiento, y solo estas aguas pueden saciarla.

—Si quieres beber de estas aguas tendrás que darme algo a cambio —contestó Mimir—. La sabiduría tiene un precio.

Odín miró con tristeza a su caballo Sleipnir, que tenía ocho patas y podía cabalgar velozmente de un extremo a otro del horizonte.

—Te regalo mi caballo —dijo, mirando al gigante con decisión.

Pero Mimir se echó a reír.

—¿Eso es todo lo que me ofreces? No, yo quiero algo que tenga mucho más valor para ti que ese caballo. Algo cuya pérdida te haga sufrir de verdad.

Odín entonces se arrancó un ojo y se lo ofreció al gigante.

—¿Esto será suficiente? —preguntó, mientras la sangre que manaba de su cuenca vacía resbalaba sobre su barba.

Impresionado por el valor de Odín, Mimir tomó el ojo que este le tendía y lo contempló unos instantes en silencio. Después, todavía sin despegar los labios, arrojó aquella esfera sanguinolenta al pozo.

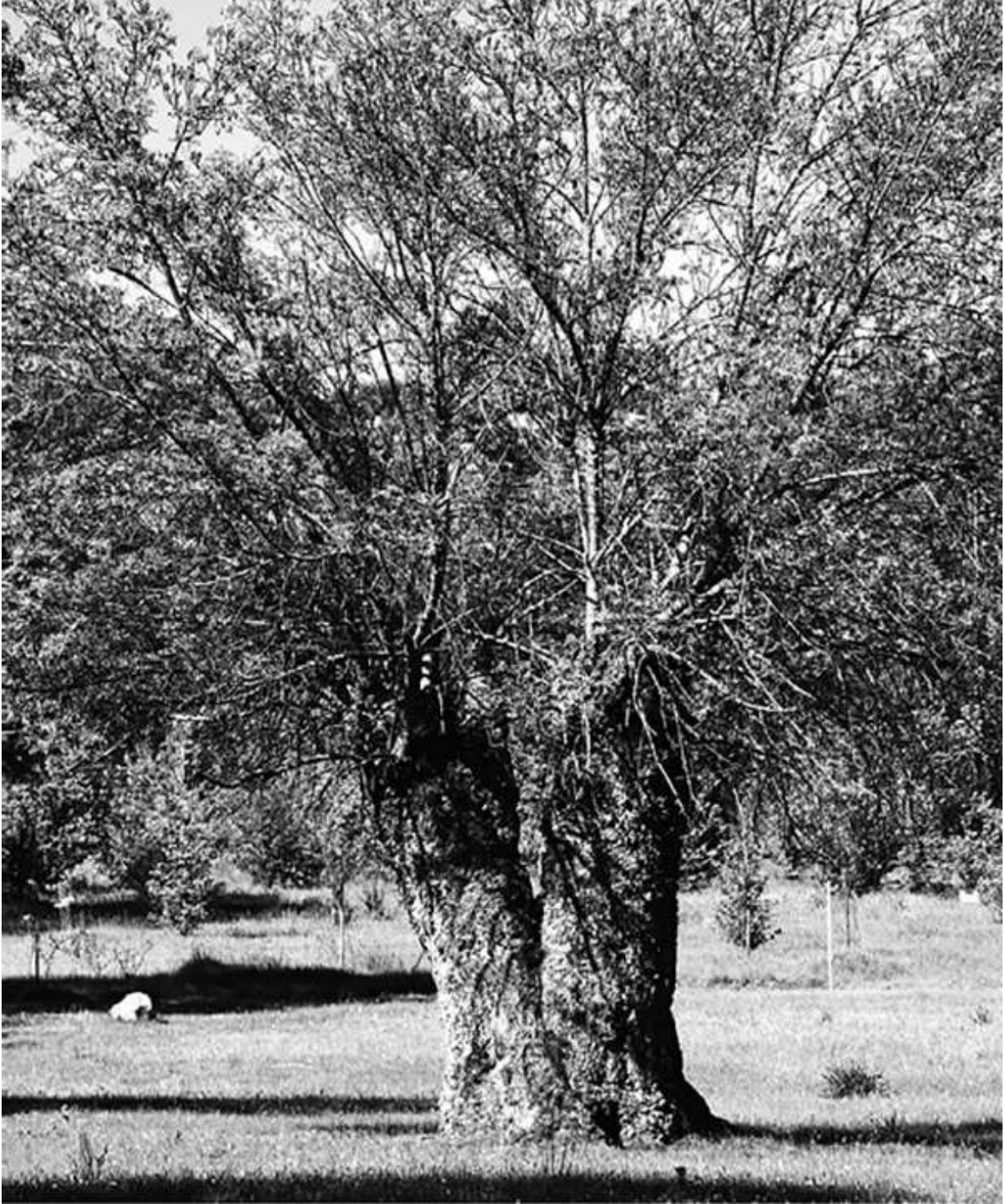
—Ahora puedes beber —dijo con un hilo de voz.

Odín bebió, y el agua de la sabiduría le hizo conocer muchas cosas que antes se le ocultaban. Entre ellas descubrió cómo matar a Mimir, cosa que hizo de inmediato. Después de matar al gigante, le cortó la cabeza y se la llevó con él a su morada en Asgard. Allí aprendió a utilizarla para adivinar el futuro, pues la cabeza de Mimir era como un oráculo.

El sacrificio de su ojo izquierdo le había servido a Odín para descubrir todo el sufrimiento de los dioses y los hombres, así como sus causas. Pero existían todavía algunos secretos que el agua del pozo de Mimir no le había revelado. Eran los saberes relacionados con las runas, símbolos que se podían utilizar para comunicarse y para dejar escritos los sucesos que de otro modo se llevaría el viento. Odín volvió a tomar el camino del arcoíris para visitar de nuevo a Yggdrasil.

Mientras contemplaba desde abajo la copa del gran fresno y sus ramas agitadas por el viento, supo lo que tenía que hacer para obtener el conocimiento que anhelaba. En la fuente de Mimir había sacrificado uno de sus ojos, pero eso no era suficiente. Si quería llegar a comprender las runas y su magia, debía sacrificarse entero.





El fresno es un árbol de tronco grueso, corteza grisácea y lisa, copa espesa e irregular, ramas rectas, hojas caducas de forma alargada, flores reunidas en espigas y frutos provistos de un ala membranosa.

Armándose de valor, Odín se colgó a sí mismo de una de las ramas de Yggdrasil y se atravesó el pecho con su propia lanza. Así permaneció durante nueve días y nueve noches, una por cada uno de los mundos que sostiene el fresno sagrado.

Mientras la brisa hacía oscilar en el aire el cuerpo moribundo del dios, Odín murmuraba algunas frases inconexas:

*Me he colgado de un árbol mecido por el viento
y aquí me balanceo desde hace nueve noches.
Herido por la lanza que me clavé a mí mismo
cuelgo del árbol cuyas raíces se hunden
en el principio y el final de todo.
Nadie me ha dado pan
ni un cuerno de hidromiel^[30].
Sediento y agotado por el hambre
miro hacia lo profundo del espacio estrellado.
Allí están aguardándome las runas misteriosas.
Una a una las tomo, gritando de alegría.
Hasta que todas ya se encuentran en mi mano
y entonces me desplomo a los pies de Yggdrasil
desgarrado de dolor
y loco de alegría.*

Dicen los sabios que Odín nunca volvió a ser el mismo después de permanecer nueve días colgado del fresno sagrado. Cuando regresó a su palacio en Asgard, hizo creer al resto de los dioses que no compartiría sus nuevos saberes con nadie, y que los mantendría en secreto. Sin embargo, un día cruzó el arcoíris y subió por una de las ramas de Yggdrasil para presentarse en Midgard, el mundo de los hombres. Allí les reveló a todos los que quisieron escucharle la magia de las runas, y desde entonces los hombres pueden comunicarse con los dioses siempre que lo desean escribiendo los símbolos mágicos que Odín les enseñó.

VII

Jinmenju

LEYENDA JAPONESA

Huyendo de la guerra, los habitantes de la aldea de Naki dejaron sus casas y se refugiaron en los bosques. No estaban acostumbrados a la vida salvaje, porque lo mismo ellos que sus antepasados habían vivido siempre del cultivo de la tierra. Sin campos de arroz ni hortalizas que plantar, tenían muchos problemas para conseguir alimento. Los hombres y las mujeres más ágiles intentaban cazar, pero solo una vez a la semana conseguían atrapar algún conejo o una ardilla. Y para eso armaban tanto escándalo que molestaban a todas las criaturas. Eran torpes, y no entendían el lenguaje secreto de los árboles, hecho de viento y silencio. Por eso cada vez se sentían más cansados y más hambrientos. Los niños lloraban a gritos, las madres se quejaban entre sollozos por las penurias que pasaban sus pequeños, los padres gemían al contemplar el dolor de sus esposas, y así paseaban todos su desdicha bajo los cedros^[31], las hayas^[32] y las moreras salvajes^[33], que contemplaban indignados a aquellas criaturas tan ruidosas y tristes.

Al principio, las criaturas del bosque creyeron que las gentes de Naki se irían pronto y decidieron no importunarlas. Bastante tenían ya con sus propios gritos y lamentos. Pero los días pasaban y los molestos visitantes, en lugar de irse, se adentraban cada vez más en la espesura. Los árboles estaban comenzando a impacientarse. Por ello, convocaron una reunión, y en su idioma secreto de ramas susurrantes estuvieron discutiendo sobre lo que convenía hacer con aquellos humanos que les impedían vivir en paz.

—Yo voto porque les enviemos a nuestros kodamas —dijo el arce^[34] con su voz hecha de hojas rojizas y pequeñas—. Quizá ellos les puedan enseñar a cazar sin provocar destrozos, tomando solamente lo que necesiten.

A todos les pareció bien. Los kodamas son criaturas de forma humana que encarnan los espíritus de los árboles. Tienen cuerpos flexibles y medio transparentes; bajo su piel verdosa parecen hechos de agua. Y son tan pequeños como los muñecos con los que juegan los niños.

Enviados por los árboles, los kodamas comenzaron a ayudar a los fugitivos de Naki. Les enseñaron a pescar con las manos, a poner trampas para atrapar conejos y liebres, a encontrar los escondrijos de los zorros y las comadreas. Poco a poco, los habitantes de Naki se fueron habituando a aquella forma de vida. Construían pequeños templos de barro para honrar a los kodamas, en agradecimiento por todo lo que habían aprendido de ellos. Y entre los hombres y mujeres de Naki y las criaturas del bosque surgió una complicidad callada, en la que todos se sentían a gusto.





Bosque de Arashiyama, al oeste de Kioto, Japón.

Bueno, en realidad todos no, porque Noriko, una de las niñas de Naki, no estaba contenta con aquella forma de vida. Echaba de menos su casa, el fuego del hogar, el delicioso olor de los pasteles de miel recién horneados, y sobre todo su papel de arroz, sus pinceles, sus pastillas de tinta y la piedra para rasparlas. Porque Noriko necesitaba pintar para vivir; tenía alma de artista, y sin sus herramientas para dibujar se sentía vacía y perdida.

Su madre, Izumi, preocupada al ver a la niña tan melancólica, fue a pedirle consejo al kodama que habitaba en la morera más vieja del bosque.

La criatura escuchó las explicaciones de Izumi con aire reflexivo. Después miró a Noriko, que se había mantenido callada mientras hablaba su madre. Sus ojos negros y expresivos estaban tan llenos de tristeza que parecían mirar desde lo profundo de un pozo.

—Yo sé cómo lograr que Noriko vuelva a reír —explicó el kodama en voz baja—. Os voy a enviar a un lugar donde es imposible no recuperar la sonrisa. Pero llegar hasta allí es muy complicado, os lo advierto. Y además... solo los que tienen el corazón puro encuentran alegría en las ramas del jinmenju.

—¿Qué es el jinmenju? —preguntó Izumi.

El kodama le hizo un gesto para que hablase más bajo. Había visto a otra mujer de la aldea espiándolos.

—El jinmenju es un árbol que no se parece en nada a los demás —explicó en un susurro—. Solo crece en la ladera norte de la montaña Yamawara. Tendréis que caminar tres mil pasos hacia el oeste, luego otros tres mil pasos al norte, y luego seguir el curso del sol hasta llegar a los pies del monte. Cuando lleguéis allí, veréis que la pendiente es muy pronunciada y que no hay caminos; pero aun así debéis subir.

—¿Subir hasta dónde? —quiso saber Noriko—. ¿Hasta la cima?

—No. Hasta que os encontréis con los jinmenjus.

—Explicanos cómo son esos árboles, para que podamos reconocerlos —rogó la mujer.

—No es necesario —contestó el kodama sonriendo—. En cuanto los veáis los reconoceréis.

Izumi y su hija Noriko se pusieron en camino. Pero sucedió que la mujer que las había estado espiando mientras hablaban con el Kodama regresó al campamento en el bosque y les dijo a los demás:

—Izumi y su hija Noriko se han ido a buscar un tesoro.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó un anciano.

—Yo misma oí cómo un kodama les indicaba el camino —explicó la mujer—. ¡No es justo! En lugar de contárnoslo a todos, se han marchado las dos solas. Quieren hacerse ricas y olvidarse de nosotros. Pero yo tengo buena memoria, y no he olvidado las explicaciones del kodama, aunque hablaba tan bajo que su voz a veces se confundía con la brisa. Podemos seguir los pasos de esas dos traidoras. Incluso podemos adelantarlas y encontrar el tesoro antes que ellas.

Cansados de la dura vida del bosque y cegados por la codicia, todos los fugitivos de Saki aceptaron con entusiasmo la propuesta de la mujer.

Enseguida se pusieron en camino. Avanzaban despacio y procurando no hacer ruido, para que Noriko e Izumi no notasen que iban detrás de ellas. Así caminaron tres mil pasos hacia el oeste, luego otros tres mil pasos en dirección norte, y después comenzaron a seguir el curso del sol hasta llegar al pie de la montaña Yamawara.

Izumi y Noriko comenzaron a subir por la escarpada pendiente. Continuaron ascendiendo hasta que se les hizo de noche. Entonces se acurrucaron sobre una piedra plana y recubierta de musgo, se abrazaron la una a la otra y se quedaron dormidas.

Los otros habitantes de la aldea, que no las habían perdido de vista, aprovecharon el sueño de la mujer y la niña para adelantarlas. Cuando las dejaron atrás, continuaron subiendo bajo la luz parpadeante de las estrellas. La codicia había encendido un brillo maligno en sus ojos.

Cuando amaneció, estaban muy cansados. Pero la perspectiva de encontrar el tesoro les daba fuerzas para seguir adelante. Y continuaron avanzando... hasta que la luz del sol se filtró entre las copas de los árboles y vieron por dónde caminaban.

Entonces comenzaron los gritos de horror, los chillidos y los intentos de huida. Porque, sin saberlo, habían llegado hasta la tierra de los jinmenjus, y lo que colgaba de sus ramas los llenó de espanto.

Eran cabezas. Cabezas humanas que reían a carcajadas cuando el viento las hacía balancearse o cuando, sin querer, las rozaban.

Las gentes de Naki salieron corriendo en todas direcciones. Algunos tenían tanta prisa por bajar de la montaña, que se dejaron caer rodando por ella. El ruido que hacían despertó a Noriko y a Izumi, que seguían tendidas en la roca tapizada de musgo.

—¿Qué pasa? —preguntó Izumi al ver a uno de los ancianos que pasaba rodando cerca de ella.

—Nos habéis engañado —gritó furioso el hombre—. ¡Aquí no hay ningún tesoro, solo monstruos amenazantes que te ponen los pelos de punta!

Noriko e Izumi se miraron.

—¿Qué habrán visto? —preguntó Noriko intrigada.

La curiosidad había borrado las huellas de la tristeza en sus ojos. Madre e hija se pusieron en pie, se alisaron los kimonos y continuaron subiendo por la montaña, mientras los otros aldeanos de Saki huían de ella tan deprisa como se lo permitían sus piernas.

Por fin, Noriko e Izumi llegaron al valle donde crecían los jinmenjus. Ellas también se quedaron impresionadas al ver las cabezas sonrientes que colgaban de sus copas.

Noriko se acercó con precaución a uno de los árboles. Un poco indecisa, alargó la mano hasta tocar una de las cabezas.

Esta comenzó a reír a carcajada limpia. Tenía una risa contagiosa, así que unos segundos más tarde Izumi y Noriko estaban riendo también.

—¡Son frutos! —exclamó Noriko cuando por fin logró contener sus carcajadas—. Me pregunto a qué sabrán...

En ese instante, la cabeza que había tocado cayó al suelo, todavía riendo. Noriko la recogió, la limpió un poco con la manga de su kimono y se la llevó a la boca para probarla.

—¡Mmmmm! ¡Deliciosa! —dijo, cerrando los ojos de placer—. Pruébala, madre... Sabe ácida y dulce a la vez, como las naranjas.

Izumi probó también el fruto del jinmenju, y mientras masticaba su jugosa pulpa sintió que la alegría de aquel árbol se le metía en el corazón. Observó a su hija: hacía mucho tiempo que no la veía sonreír de aquella manera. El kodama les había dicho la verdad: aquel lugar les había devuelto a las dos las ganas de vivir.

Noriko e Izumi se quedaron seis años viviendo en la montaña Yamawara y alimentándose del fruto de los jinmenjus. Noriko ya no echaba de menos su papel de arroz ni sus delicadas pastillas de tinta. Aprendió a pintar con la arcilla del bosque y con los restos carbonizados de los leños que prendían en la noche para calentarse. Dibujaba en el suelo y en las piedras, casi siempre con una sonrisa en los labios, y los frutos del jinmenju se alimentaban de aquella sonrisa para crecer cada día más dulces y jugosos.

Cuando Noriko cumplió dieciséis años, madre e hija decidieron abandonar la montaña y regresar a su hogar. La guerra había terminado hacía mucho tiempo.

En la aldea de Naki se reencontraron con todos los hombres y mujeres que las habían perseguido cuando el kodama las envió en busca de los jinmenjus. Todos las saludaron con respeto, y al mismo tiempo con un poco de desconfianza. Se preguntaban qué habría sido de ellas durante todo aquel tiempo... ¿Cómo habían sobrevivido en aquella montaña llena de monstruos?

Pero cuando vieron las pinturas de Noriko, dejaron de hacerse preguntas. Comprendieron que, después de todo, sus primeras sospechas habían resultado ser ciertas. Noriko había encontrado un tesoro en la montaña Yamawara: el tesoro de su propio talento, que no dependía de la calidad de la tinta ni del papel de arroz sobre el que pintaba.

En cuanto a los jinmenjus, todavía hoy siguen echando de menos la risa de Noriko. Era tan pura, que alimentaba sus frutos. Y desde que ella se fue, nunca han vuelto a ser igual de dulces. Pero ellos siguen esperándola, convencidos de que algún día regresará.

VIII

El árbol de zaqqum

LEYENDA MUSULMANA

Abu Sufyan^[35] maldecía cada noche, antes de dormirse, el nombre del profeta Mahoma^[36]. Antes de que él y sus seguidores se empeñasen en cambiarlo todo, Abu Sufyan llevaba una existencia tranquila. Como mercader, se encargaba de sus negocios en La Meca, y sus decisiones se imponían igual que si fueran leyes, pues era el jefe del clan de Abd Shams de la tribu de los Quraish.

Ahora, por culpa del Profeta, su pariente lejano, había perdido casi todo lo que poseía. Los ejércitos de Mahoma asediaban constantemente la ciudad, reclamando La Meca como lugar sagrado para los seguidores de la nueva religión. ¡Y eso a Abu Sufyan le parecía un disparate! Desde que el mundo tenía memoria, los peregrinos de todas las regiones de Arabia acudían a La Meca para adorar la Piedra Negra de la Kaaba, y nadie les preguntaba de dónde venían o a qué dioses veneraban en su aldea. ¿Para qué poner trabas a los que querían visitar la ciudad? Aquello era riqueza para sus habitantes, pues todos llegaban con ganas de celebrar la ocasión comiendo, bebiendo y comprando recuerdos.

Desde el principio, Abu Sufyan se opuso enérgicamente a las pretensiones de Mahoma de reservar la ciudad para los musulmanes. Él era un comerciante, y tenía que defender su modo de vida. Así que se ofreció voluntario para dirigir una caravana que iba a enfrentarse con los seguidores del Profeta. Trabajó batalla con ellos, y no tuvo suerte: en el combate cayó uno de sus hijos, Hanzala, y el otro, Amr Ibn Hisham, fue hecho prisionero.

Abu Sufyan regresó a La Meca vencido y furioso con Mahoma y con todos los que creían en sus palabras. En la ciudad, los negocios iban de mal en peor, porque los que no eran musulmanes temían visitar la roca sagrada por miedo a los defensores de la nueva religión, y a los musulmanes no se les permitía la entrada a la ciudad. Por si fuera poco, la esposa de Abu Sufyan se pasaba las noches enteras llorando por sus hijos. Y él no sabía cómo aplacar su sufrimiento... Así que lo que hacía era salir de casa en cuanto oscurecía e irse a beber en los tugurios que se alzaban al pie de las murallas. Cuando regresaba a casa de madrugada, atontado por los vapores del alcohol, los llantos de su mujer habían dejado de importarle.

Sin embargo una noche, al entrar en el patio de su hogar después de pasarse varias horas en una taberna, escuchó risas en la habitación de su esposa, en lugar de llantos.

Suspicaz, se deslizó de puntillas hasta la cortina que había a la entrada del dormitorio. ¿Con quién estaría su mujer? No sería otro hombre... ¡Sí, lo era!

Abu Sufyan sacó el puñal curvo de su cinturón y se lanzó sobre el desconocido. Pero cuando este le oyó y se dio la vuelta, reconoció de inmediato su rostro: ¡Era Ibn Hisham, su hijo menor! Había sido liberado, y le habían permitido volver con su familia.

Abu Sufyan abrazó al muchacho y cubrió sus mejillas de besos.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntaba una y otra vez—. ¿Te han hecho daño? ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? ¿Saben que has vuelto con nosotros?

—Padre, los seguidores del libro son personas virtuosas, no criminales como tú crees. Después de escuchar sus enseñanzas, yo también me he convertido al islam. Ahora venero a Mahoma y sigo su doctrina.

Al oír aquellas palabras Abu Sufyan retrocedió, como si temiese que el contacto con su hijo le contagiase una enfermedad.

—No puede ser —murmuró—. Te han engañado con sus zalamerías, te han hechizado con algún sortilegio... De otro modo, ¡es imposible que tú creas en esas cosas!

—Pues creo en ellas, padre. Creo en todas y cada una de las palabras del Corán, y tú también deberías creer. Porque los que no acepten las

enseñanzas de Mahoma irán a yahannam, donde arde eternamente el árbol de zaqqum, y allí sufren insoportables tormentos.

—¿El yahannam? ¿Y dónde está eso? —preguntó Abu Sufyan, que nunca había oído hablar de aquel lugar.

—Está debajo del puente por el que deben pasar las almas de los muertos cuando les llegue su hora —explicó Ibn Hisham—. Las almas que hayan pecado no encontrarán la gracia de Alá y caerán al lago de fuego que hay debajo del puente. Y en medio de ese lago crece el árbol de zaqqum.

Abu Sufyan dejó escapar una carcajada incrédula.

—¿Un árbol que crece en medio del fuego? Qué tontería —exclamó—. El fuego consume los árboles, no los hace crecer.

—A este sí, porque es un árbol maldito que solo crece allí, y que se alimenta de fuego. Sus frutos tienen forma de cabezas de demonios y su sabor es el más amargo que pueda imaginarse. Las almas condenadas que caen al yahannam solo pueden saciar su hambre con esos frutos. Pero lo peor es que, en cuanto acaban de comer, el fuego quema sus vientres por dentro como si fuese aceite hirviendo, y les produce un sufrimiento insoportable. Eso me han dicho.

—Pues te han engañado, hijo, porque todo eso que dices no es más que una sarta de disparates. Seguramente te han gastado una broma, porque yo los únicos zaqqum que conozco son los dátiles que se ofrecen con mantequilla a los viajeros que llegan sedientos del desierto.





Visión de Mahoma en la montaña de Hira, cercana a La Meca. Miniatura de la epopeya turca Siyer-i-Nebi (1388), ilustrada en el siglo XVI, que narra la historia de Mahoma. Museo Topkapi Sarayi (Estambul, Turquía).

Abu Sufyan habló así a su hijo porque en aquella región a los dátiles se les llamaba también zaqqum. Él estaba convencido de que su hijo había sido engañado con aquella historia aterradora sobre el árbol que crecía en el fuego. Y su hijo, al verlo tan contrariado, no insistió en su relato. Simplemente sonrió, les dijo a sus padres que ya tendrían tiempo de hablar al día siguiente y se retiró a dormir.

Abu Sufyan también se fue a la cama, porque estaba a punto de amanecer. El efecto del alcohol que había bebido en la taberna ya se le había pasado, y a pesar de lo cansado que estaba tardó un buen rato en dormirse. No podía dejar de pensar en su hijo, y en la alegría que le producía su regreso. Lástima que el muchacho se hubiese dejado engatusar por las enseñanzas de Mahoma. Tenía que encontrar la forma de apartarlo de aquellas gentes. Ahora que lo había recuperado, estaba dispuesto a todo con tal de no volver a perderlo.

Cuando por fin se quedó dormido, el zaqqum se le apareció en un sueño. Era un árbol de ramas oscuras y espinosas, y su silueta se recortaba contra un cielo rojizo por el resplandor de las llamas que nacían del lago.

Abu Sufyan contempló aterrorizado los frutos púrpuras que colgaban del árbol. Eran diminutos diablos que olían a azufre. Los condenados se aproximaban al zaqqum para cortar aquellas repugnantes criaturas y devorarlas con bocas ávidas y ojos desencajados. Pero en cuanto terminaban de comérselos se les derretía la piel del rostro, y se podía ver el músculo sangriento que había debajo. Unos instantes después, también este comenzaba a arder por dentro, y mientras los condenados chillaban de dolor las llamas los iban devorando desde el vientre hacia fuera, hasta dejarlos convertidos en un montoncito de cenizas y huesos.

Aquel final casi le pareció a Abu Sufyan una bendición, pues ponía fin al sufrimiento de los pecadores. Pero, para horror del pobre mercader, los huesos y las cenizas no tardaron en recomponerse para formar de nuevo un cuerpo exactamente igual al que el fuego acababa de consumir. Comprendió entonces que el castigo de aquellos infelices duraría toda la eternidad, y que no dispondrían de un instante de alivio en su dolor.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Abu Sufyan al despertarse fue correr a lavarse la cara con agua fría que encontró en un jarro de la cocina. Después, entró en los aposentos de su hijo.

—Dime qué tengo que hacer para convertirme a la fe de Mahoma —le rogó—. Porque ya he visto en un sueño el lago ardiente y el árbol del zaqqum, y no quiero terminar comiendo de sus ramas.

Ibn Hisham se alegró mucho al oír aquellas palabras. Durante tres lunas se dedicó a instruir a su padre y a su madre en la nueva fe, y a partir de

entonces Abu Sufyan se convirtió en uno de los más fieles defensores de la doctrina de Mahoma. Después de negociar un acuerdo con el Profeta, lo invitó a visitar La Meca, donde lo recibió con grandes honores y le juró lealtad.

Como premio por su fe y su fidelidad al Profeta, Abu Sufyan fue nombrado gobernador de Nachran. Durante el resto de su vida sirvió en los ejércitos de Mahoma, y cuando ya era demasiado viejo para combatir recurrían a él para que animase a los jóvenes guerreros con sus historias sobre el lago de fuego y el árbol de zaqqum. Sus hijos menores también destacaron en el combate y recibieron multitud de honores. Uno de ellos, Yazid, fue general en Palestina, y otro llamado Muawiya se convirtió en el primer califa de la dinastía Omeya^[37].

IX

El roble susurrante

LEYENDA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

En el bosque de Dodona^[38], el viento susurraba a menudo al colarse entre las ramas de los árboles. Siempre había sido así desde la noche de los tiempos, y nadie le había dado importancia.

Pero un día de verano llegó al bosque una paloma negra y se posó en la copa de uno de los árboles. Era un roble majestuoso, uno de los más viejos del lugar. La gente comenzó a hacerse preguntas sobre el extraño suceso. Palomas tan negras no se habían visto nunca en aquellos contornos. Y aunque chillaban y golpeaban el tronco del árbol para espantarla, el animal no se movía.

Todos los habitantes de Dodona acudieron a ver lo que pasaba. Entre ellos se encontraba un comerciante que acaba de llegar del puerto del Pireo, donde había adquirido una esclava egipcia.

Al ver la paloma negra, la esclava se echó a llorar.

—Ahora, en este mismo instante, otra paloma idéntica se ha posado en un roble de la costa libia, donde un comerciante ha llevado a mi hermana gemela como esclava —dijo—. Esas palomas las envía Zeus, el padre de los dioses, y los árboles que han elegido se convertirán a partir de ahora en oráculos.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron las gentes—. ¿Que el dios hablará a partir de ahora a través de este roble?

—Eso es —confirmó la egipcia—. Y que el destino me ha traído aquí para interpretar las palabras del árbol, hechas de viento y de susurros.

Desde este mismo instante, yo seré la primera sacerdotisa de Dodona.

Al mismo tiempo que esto sucedía, otra mujer egipcia, hermana gemela de la primera, interpretaba la llegada de una paloma negra al oasis de Siwa, en Libia. Y allí se instauró un oráculo similar al de Dodona, conocido como el oráculo de Amón.

Las primeras sacerdotisas del roble de Dodona fueron todas mujeres, pero al cabo de un tiempo empezaron a ser sustituidas por hombres. Los sacerdotes del roble sagrado se hacían llamar los «selos» y llevaban una vida muy peculiar: jamás se lavaban los pies, y dormían en el suelo. Desde pequeños aprendían a interpretar cada susurro del árbol, la caída de una hoja o el más leve chasquido de su corteza. Aquellos signos eran las palabras de Zeus.

El oráculo del roble de Dodona gozaba de muy buena reputación en Grecia. Por eso, acudían viajeros de todas partes para averiguar su destino. Uno de sus visitantes más célebres fue Ulises^[39], que consultó con el roble sagrado con el fin de descubrir lo que tenía que hacer para regresar sano y salvo a su isla, Ítaca. El roble le aconsejó bien por boca de sus sacerdotes, como hacía siempre... Siempre, excepto en una ocasión, cuando los selos mintieron.





Sucedió que Jasón^[40], que estaba preparando una expedición para viajar a la Cólquide^[41] en busca del vellocino de oro^[42], había comenzado a construir una nave para surcar el mar, y había decidido llamarla Argo, aconsejado por la diosa Hera. Ella misma le había sugerido que acudiese a Dodona a preguntarle al roble cómo debía fabricarse la nave para que fuese la más veloz y segura de cuantas habían existido.

Jasón se presentó como un peregrino más en el bosque de Dodona. Se puso en la fila como los otros, se descalzó para pisar la tierra, se postró ante el árbol sagrado y formuló su pregunta:

—Divino Zeus, ¿qué debo hacer para que mi nave sea la más rápida y segura de cuantas han existido, existen y existirán?

El viento comenzó a agitar las ramas del árbol, arrancándole una sinfonía de murmullos y susurros. Jasón miró a los dos selos que se hallaban debajo con los ojos cerrados y las palmas de las manos abiertas hacia las ramas del roble. Uno de ellos se había puesto muy rojo.

Cuando el rumor del viento en las ramas cesó, Jasón se atrevió a preguntar:

—Bueno... ¿qué ha dicho Zeus?

Los dos sacerdotes abrieron los ojos y se miraron uno a otro asustados. El que no se había puesto rojo estaba tan pálido como el cielo en una mañana de invierno.

—No ha dicho nada —dijo uno de los selos.

Jasón puso los brazos en jarras y avanzó un paso hacia los sacerdotes.

—¿Cómo que no ha dicho nada? Yo mismo he oído sus palabras, aunque no las he podido entender —replicó indignado—. Vamos... ¿por qué no me contáis lo que ha dicho?

—Ha dicho... Ha dicho que elijas buena madera para fabricar el casco de tu barco, y que tendrás vientos favorables que os llevarán a ti y a tus compañeros hasta la Cólquide —contestó el sacerdote que se había quedado pálido.

El sacerdote que se había puesto rojo se puso más rojo aún.

—Estáis mintiendo —dijo Jasón apretando los puños—. O me estáis ocultando algo. Volveré a preguntar al roble. Padre Zeus, aconséjame... ¿Cómo debo construir mi barco?

De nuevo sopló el viento entre las ramas del roble, y esta vez resonó con tanta fuerza que, más que susurros, sus palabras parecían gemidos. Los selos miraron hacia lo alto con ojos desencajados.

—Pero no podemos decir eso —dijo uno de ellos.

—Solo faltaba —dijo el otro—. De ninguna manera.

Entonces el cielo entero se iluminó con el resplandor de un relámpago. Y un rayo cayó justo sobre el roble sagrado, arrancándole la más gruesa de sus ramas.

Jasón comprendió que aquello había sido obra de Zeus. A fin de cuentas, él era el señor del rayo.

Los selos debían de haber llegado a la misma conclusión, porque cayeron al suelo de rodillas, lloriqueando y retorciéndose las manos.

—¡Lo sentimos! ¡Lo sentimos mucho! —gimió uno de ellos.

—No volveremos a ocultar la verdad, ¡lo prometemos!

Una ligera brisa sacudió las hojas del roble. Parecía que Zeus aceptaba las disculpas de los sacerdotes.

—Pero bueno, ¿me vais a explicar de una vez lo que ha pasado, o no? —se impacientó Jasón.

—El dios nos habló, pero pensamos que había un error o que no habíamos entendido bien —dijo uno de los selos—. Porque el consejo que quería darte era que te llevases la mejor de sus ramas.

—Sí —confirmó el otro sacerdote—. Para fabricar la proa de tu barco. Nos pareció...

—Un disparate —continuó el primero que había hablado—. Y por eso te mentimos al principio.

—Pero el dios, al ver que no le hacíamos caso, decidió arrancarse él mismo la rama para dártela —concluyó el otro selo—. ¡De modo que ahí la tienes! Puedes llevártela. Con madera semejante, tu barco no tendrá rival en el mar.

Jasón se llevó la enorme rama del roble adonde lo esperaban sus compañeros, los argonautas^[43]. Con la madera del árbol sagrado de Dodona

construyeron la proa. Y es por eso que la proa de la nave Argo podía hablar y adivinar el porvenir.

X

El jubokko

LEYENDA JAPONESA

El jubokko no era un árbol malvado, al principio. Crecía formando un frondoso bosque en las orillas del lago Vika, y en primavera se llenaba de hojas verdes y de flores blancas. Dejaba que los pájaros anidasen en sus ramas, que las ardillas se escondiesen en sus agujeros, y que los jabalíes se afilasen los colmillos frotándose contra su corteza. En definitiva, era un árbol como cualquier otro.

Pero cuando estalló la guerra, el bosque donde crecían los jubokkos se llenó de ronin^[44] que formaban hordas feroces. No pasaba un día sin que un grupo atacase a otro, y en cada combate había muertos. Así sucedió luna tras luna, hasta que la tierra del bosque quedó tan empapada en sangre que pasó de ser negra a adquirir un tinte rojizo.

Los jubokkos, en un primer momento, no aceptaron de buen grado aquellos cambios. Estaban hartos de las desgracias que los hombres habían traído a su pequeño rincón del mundo. Les repugnaban los cadáveres que se quedaban al pie de sus raíces, descomponiéndose al sol. Y el sabor de la savia que ascendía por sus troncos, contaminada de sangre humana, les asqueaba. Muchos dejaron de beber y lentamente se fueron marchitando hasta morir.

Pero hubo algunos que, poco a poco, le fueron cogiendo gusto a aquel sabor a hierro que tenía la sangre. Se acostumbraron de tal manera, que la savia normal, hecha de agua y sales minerales, les empezó a resultar insípida. Cuando pasaban tres o cuatro días sin que un nuevo cadáver regase

de sangre sus raíces, se ponían nerviosos. Sus ramas habían comenzado a cambiar, y ahora terminaban en punzantes ganchos que podían rodear y atrapar a un ser humano. Y de su tronco salieron unas espinas que se clavaban como dientes afilados en el cuello de sus presas y le extraían los jugos vitales. Sin saber cómo, se habían convertido en árboles vampiro, ávidos de carne y de sangre humana.

Pasaron los años y la guerra se terminó, pero los jubokkos que habían sobrevivido a orillas del lago Vika seguían comportándose como temibles depredadores. En la distancia parecían criaturas inofensivas, pero cuando uno se acercaba solía encontrarse un montoncito de cráneos y huesos a sus pies, que eran los restos de las personas a las que habían devorado. Las flores que daban en primavera ya no eran blancas, sino rojas, y exhalaban un desagradable olor a carne podrida.

No es de extrañar que la gente temiese aventurarse en aquel bosque. Los pocos que se internaban en él raramente salían vivos. Y los que lograban escapar no volvían a ser los mismos. Dejaban de hablar, sus ojos se volvían oscuros y desesperados, y vivían atemorizados durante el resto de su vida.

Un día Cheiko, una muchacha de Osaka^[45], estaba viajando con sus padres por el camino imperial que regresaba desde Tokio. Al atardecer se detuvieron a descansar en una aldea cercana al lago Vika. Allí, mientras cenaban cuencos de arroz blanco y pescado cocido, la posadera les contó la historia de los jubokkos.

Cheiko mostró de inmediato su curiosidad por aquellos sangrientos árboles.

—A mí me interesan mucho las plantas —dijo, sonriendo a la posadera—. En nuestro jardín de Osaka cultivo ejemplares de todas las variedades, y no es por nada, pero soy una buena jardinera. He conseguido que las lilas blancas de mi casa sean las más blancas de todo Japón, y que nuestro jazmín amarillo exhale el perfume más delicado de la tierra, y que nuestros rosales den rosas de colores asombrosos... Justo ahora venimos de la corte del emperador, que nos ha comprado algunas de nuestras flores más delicadas.

—Es cierto que Cheiko tiene un don con las plantas —dijo su madre sonriendo—. No hay ninguna que se le resista.





—Eso es porque les dedica tiempo y esfuerzo —intervino el padre gravemente—. Observa lo que necesitan y se lo proporciona. Por eso es tan buena jardinera.

—También los árboles se me dan bien —añadió Cheiko—. Así que creo que mañana por la mañana iré a cortar uno de esos jubokkos para llevármelo a Osaka.

Al oír aquellas palabras de la joven, se hizo un silencio sepulcral en la posada. Unos mercaderes que se calentaban junto al fuego se volvieron a mirarla. También la miraba un hombre de aspecto feroz, con la mejilla surcada de cicatrices. Sus ropas raídas y el peto de cuero que había dejado a un lado, así como su espada, indicaban que se trataba de un ronin.

—No sabes lo que dices, niña —exclamó, levantándose y yendo hacia la alfombra donde ella y sus padres estaban comiendo—. Los jubokkos son bestias inmundas. Acercarse a ellos es más peligroso que acercarse a un tigre.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Cheiko.

El ronin levantó el brazo derecho. Le faltaba la mano.

—Uno de ellos me la arrancó. De cuajo. Cuando quise recuperarla ya estaba escupiendo las uñas. Y sus ramas se me enredaron en el brazo izquierdo. Quería la otra... Suerte que pude desembarazarme de él y salir vivo.

—Parecen realmente peligrosos, esos jubokkos —observó Cheiko—. Tendré que ir con cuidado mañana.

Sus padres la miraron asustados.

—¿Pero de verdad piensas ir? —preguntó la madre—. Hija, después de lo que te ha contado este señor, no creo que sea buena idea.

—Ya tienes toda clase de plantas en Osaka —dijo el padre—. Mejor no tientes a la suerte. No hay que desafiar el orden de la naturaleza.

Cheiko miró pensativa al ronin.

—Esos árboles... ¿Siempre han sido así de peligrosos? —quiso saber.

El ronin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Yo conocí ese bosque antes de la guerra, cuando los jubokkos daban flores blancas en lugar de rojas, y eran unos árboles como todos los demás —explicó con voz ronca—. Fue la guerra la que los cambió, pero ya no tiene remedio. Escucha los consejos de tus padres, muchacha, y no te expongas a un peligro absurdo.

Estaba claro que el ronin no conocía a Cheiko.

—Ahora más que nunca quiero llevarme uno de esos árboles a Osaka. Porque está claro que no son malos por naturaleza, sino porque el hombre los volvió así.

—Pero ¿cómo vas a hacerlo? —preguntó el ronin—. No pensarás ir tú sola... Y nadie de esta aldea ni de los alrededores querrá acompañarte.

Cheiko se encogió de hombros. Tenía un plan.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, se fue a la orilla del lago Vika con sus tijeras de podar. Reconoció al primer jubokko que se encontró por su olor pestilente y sus flores de color sangre.

Sin dudarle un segundo, se aproximó al árbol y agitó delante del tronco su mano derecha.

De inmediato, una rama la golpeó como un látigo y se enroscó alrededor de su hombro. Cheiko ni siquiera pestañeó. Dejó que la rama tirase con fuerza de sus músculos, intentando arrancarlos. Mientras tanto, ella estudiaba el mejor sitio para cortar. Justo por encima de su hombro, abrió las tijeras y las cerró con fuerza sobre la rama atacante. Esta se desprendió al instante del árbol, que emitió un quejido similar al de un humano.

Satisfecha con su presa, Cheiko corrió de regreso a la aldea y metió la rama en agua. En lugar de savia, de la herida del corte brotaba un líquido rojo y espeso. Cada vez que se aproximaba a la rama cortada, sus hojas espinosas se curvaban hacia ella, con la esperanza de atraparla. Pero Cheiko era ágil y siempre conseguía escaparse.

Cheiko logró transportar la rama de jubokko sin contratiempos hasta Osaka. Una vez en su jardín, se puso unos guantes de piel recia, hundió las manos en la tierra y plantó la rama. Tuvo que reaccionar con rapidez para impedir que aquel fragmento del árbol sanguinario le arrancase uno de los dedos de la mano izquierda. Se notaba lo sediento que estaba de sangre.

Pero Cheiko no se desanimó por eso. Cada día regaba al joven jubokko con agua clara, y le cantaba canciones al atardecer. Poco a poco, el árbol se fue tranquilizando. Sus ramas perdieron las espinas, sus hojas negruzcas se volvieron más verdes y lustrosas. Y cuando le salieron flores, resultó que no eran rojas, sino blancas, como las de los jubokkos de antes.

Cuentan que Cheiko le regaló el jubokko curado al emperador, y que este lo consideraba la más valiosa de todas las plantas de su jardín. Lo que nadie sabe es si Cheiko regresó alguna vez a las orillas del lago Vika para rescatar a otros jubokkos, o si empleó su paciencia y su arte para ayudar a otras plantas necesitadas.

XI

El árbol que sostenía el cielo

LEYENDA EUROPEA MEDIEVAL

Ambrus era el hijo de unos panaderos de la ciudad de Buda^[46]. El negocio familiar iba bien, porque el pan que hacían los padres de Ambrus era el más esponjoso por dentro y el más crujiente por fuera de todo el reino de Hungría. La fama de sus bollos y hogazas se extendió de tal modo, que terminó llegando a oídos del rey Matías^[47]. El rey quiso probar aquel manjar tan delicioso, y, después de probarlo, decidió que ese sería el único pan que entraría en su palacio.

Normalmente, era el padre de Ambrus en persona quien se encargaba de llevar a palacio por las mañanas las cien hogazas que le encargaban cada día. Pero algunas veces, cuando había fiestas o invitados especiales, en lugar de cien hogazas le encargaban doscientas, y entonces le pedía ayuda a Ambrus para transportar los panes y descargarlos en las despensas reales.

A Ambrus le encantaba ir con su padre al palacio. Nunca había visto al rey Matías en persona, pero disfrutaba observando las brillantes armaduras de los caballeros, y los vestidos de seda de las damas. En el palacio, además, había cosas que Ambrus no había visto en ningún otro sitio: un reloj de agujas con un muñeco de madera que daba la hora golpeando una campana, por ejemplo; o una fuente que escupía el agua hacia arriba para dejarla caer después formando complicados arcos.

Sin embargo, de todas las maravillas del palacio real, lo que más le llamaba la atención a Ambrus era un árbol que sobresalía por encima de las tapias del jardín privado del rey. Ambrus no había visto nunca uno

parecido, e ignoraba a qué especie pertenecía; pero de lo que estaba seguro era de que no existía ningún árbol tan alto en toda Hungría, y probablemente en toda la tierra.

Una noche, antes de dormir, Ambrus se puso a pensar en aquel árbol. Era una lástima que estuviese encerrado en el jardín del rey, donde los niños no podían cantar bajo su sombra o subirse a sus ramas. Las tapias del jardín quedaban muy cerca de la entrada trasera de las cocinas, donde ellos solían descargar el pan. Si aprovechaba un descuido de su padre, solo tendría que cruzar un patio para encaramarse a la tapia. Podía apoyar los pies en las piedras que sobresalían y subir hasta lo más alto. Desde allí, se dejaría caer dentro del jardín... y podría investigar con toda comodidad.

Ambrus tuvo que esperar dos semanas enteras para poner en práctica su plan. Unas veces, cuando estaba a punto de intentarlo, aparecía un mozo de cuadra o un ayudante de las cocinas en el patio, de manera que no podía atravesarlo sin que lo vieran. En otra ocasión, cuando estaba empezando a subir, oyó la voz de su padre que lo llamaba para que le ayudase a recoger unos sacos que se le habían caído, y se vio obligado a bajar. Estaba comenzando a perder la paciencia cuando por fin, una mañana, encontró el momento perfecto para intentar su aventura. El cocinero real se había puesto a discutir con su padre porque decía que los panes del día anterior estaban demasiado salados. El padre de Ambrus, que se tomaba muy en serio su oficio, no estaba dispuesto a aceptar una acusación tan grave, y la discusión prometía alargarse.

Ambrus se asomó al patio por detrás del carro de su padre. Miró a derecha e izquierda: todo estaba despejado. Solo tenía que aprovechar la ocasión. Muy decidido, corrió hacia la tapia y utilizó el impulso de la carrera para subir hasta la primera piedra que sobresalía.

A partir de allí tuvo que avanzar con más cuidado. Las piedras salientes del muro estaban lejos unas de otras, y eran muy resbaladizas. Solo alguien tan ágil y valiente como Ambrus se habría atrevido a subir por ellas. Aun así, había que pisar con mucha precaución para no perder pie y caer al suelo. Por eso, Ambrus se movía despacio. Pero despacio y todo, después de un rato alcanzó la cima de la tapia.

Desde allí podía contemplarse sin ningún estorbo el jardín privado del rey Matías. ¡Y valía la pena, ya lo creo que sí! Había setos recortados con forma de pájaros y fieras salvajes, y estanques donde nadaban peces rojos y dorados, y muchas plantas cubiertas de flores. Entre los árboles, distinguió algunos tilos, un ciprés y dos sauces^[48]; pero el que destacaba por encima de todos era el árbol sin nombre, que desde allí parecía más alto todavía que desde el suelo; tan alto, que sus ramas se hundían en las nubes.

Ante un árbol tan especial como aquel, ¿qué se podía hacer? Ambrus no lo dudó ni un segundo: trepar. Tenía que trepar por él. Para eso están los árboles, para que los niños suban por ellos.

De un salto, Ambrus se dejó caer en la hierba. Luego estiró las rodillas, miró a su alrededor y comprobó que estaba solo. En el jardín no había nadie, aparte de un pájaro que rompía el silencio reinante con sus trinos.

Acarició el tronco del árbol. Le pareció áspero y suave a la vez. Buscó con los dedos un lugar de la corteza donde poner el pie, y otro para agarrarse con las manos. No era tan difícil encontrar lugares donde apoyarse. El árbol era muy viejo y su tronco estaba lleno de grietas y agujeros.





Sin pensarlo mucho, siguió subiendo, y subiendo. ¡Qué pequeñas se veían las torres del palacio desde allí! Y el carro de su padre, en el patio de las cocinas... casi parecía un juguete. Miró hacia arriba. Seguía sin distinguir el final del árbol, que se perdía entre las nubes. Así que reanudó la subida. Llegó a las primeras ramas. Eran anchas como caminos. Ambrus se tapó la boca para no gritar de asombro. ¡En las ramas había casas! No solo casas, ¡calles enteras! El árbol parecía albergar una ciudad tan rica y moderna como Buda.

Ambrus estuvo un rato deambulando entre las casas. Admiró los llamadores dorados de las puertas, los arcos decorados con cristales de colores y los tejadillos rojos. Todas estaban pintadas de colores brillantes. Pero ninguna parecía habitada. Cansado de explorar aquella rama tan interesante, Ambrus continuó subiendo por el tronco del árbol. Y llegó a otra rama que tenía al final un castillo digno del propio rey Matías, con los tejados verdes y las paredes de mármol. Doce torres lo coronaban en total, a cual más alta y grandiosa. Y en lo más alto de las doce torres ondeaban banderas azules.

Ambrus estaba dudando si dirigirse o no hacia el castillo, cuando observó que, en una rama por encima de aquella, había un canal lleno de barcos y con molinos de agua en las orillas. Aquello no se lo quería perder, así que trepó un poco más y llegó a un puente sobre el canal que recorría toda la rama. Era por lo menos tan ancho como el Gran Canal de Venecia. Y navegaban por él embarcaciones de todos los tamaños, algunas sencillas como botes de pesca, otras pintadas de negro, con la proa afilada y elegante.

De buena gana se habría subido Ambrus a una de aquellas barcas, pero quería ver qué había en las ramas del árbol que todavía no había visitado. Siguíó subiendo y se encontró, en otra rama, una granja llena de vacas y cerdos; en la siguiente, un teatro donde actuaba una compañía de actores; en la de encima, un bosque entero. Y enfrente de aquella, otra rama con un palacio de oro y un gigante verde descansando a la puerta. El gigante le saludó con la mano al pasar.

Un poco más arriba había una rama con una iglesia pintada de blanco. A la entrada, Ambrus vio a un sacerdote vestido de negro hasta los pies y con la barba muy larga. El sacerdote le hizo señas para que se acercara. Ambrus lo hizo, y observó que el anciano tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mi querido muchacho, tienes que bajarte del árbol enseguida —le dijo con voz temblorosa—. ¿No te das cuenta de que estás poniendo en peligro a todas las criaturas de la tierra?

—¿Yo? ¿Por qué? Solo estoy trepando a un árbol —se defendió Ambrus.

—Un árbol; un árbol —refunfuñó el sacerdote—. ¡Como si este fuese un árbol cualquiera! ¿Es que no sabes que este es el árbol que sostiene el cielo? Si no fuese por él, el cielo caería y lo aplastaría todo.

—Bueno, pues si sostiene el cielo, que siga sosteniéndolo —replicó Ambrus, terco—. ¡Yo no quiero bajar!

—No entiendes nada —dijo el sacerdote—. Este árbol está perfectamente equilibrado para sostener el peso del cielo. Pero ahora llegas tú y lo desequilibras con tu peso. Las ramas se quejan, ¿no las oyes? La armonía se rompe, el equilibrio se pierde. Créeme, si no bajas del árbol enseguida, el cielo se derrumbará.

Ambrus miró con desconfianza al sacerdote. Sus ojos azules seguían llenos de lágrimas. Daba la impresión de que hablaba en serio...

De mala gana, Ambrus empezó a bajar del árbol. Y bajó, bajó, bajó... Pasó por la rama del gigante y su palacio, por la que tenía un bosque y por la que tenía una granja. Dejó atrás la rama del canal y los barcos y la rama del castillo de las doce torres. Descendió por debajo de la rama que sostenía una ciudad en miniatura. Y continuó bajando, bajando... hasta que llegó al suelo.

Cuando el padre de Ambrus terminó de discutir con el cocinero, regresó al carro rojo de furia.

—De ahora en adelante no volveré a hacer pan para el palacio del rey —aseguró—. Nadie insulta a mis panes llamándolos salados. Nadie.

Ambrus se subió al carro sin decir nada. Escuchó con paciencia las quejas de su padre mientras atravesaban el portón para salir del castillo.

Ya al otro lado de las murallas, se volvió para mirar hacia el árbol del rey Matías. Y sonrió.

Probablemente no volvería a subirse a él. Pero al menos ahora conocía su secreto: ¡era el árbol que sostenía el cielo!

No es extraño que en todas las culturas se conserven mitos y tradiciones relacionadas con los árboles. Estas criaturas poderosas y serenas, cuyas vidas pueden extenderse mucho más allá de las nuestras, han fascinado a los seres humanos a lo largo de toda la historia. En esta recopilación hemos querido recoger algunas leyendas que surgen de esa fascinación. Buscando la variedad y la diversidad cultural, hemos incluido historias de distintas épocas y procedencias. A continuación se indica brevemente el origen de cada uno de los relatos narrados en este libro.

«La batalla de los árboles» es una leyenda galesa que se recoge en un manuscrito del siglo xiv conocido como el *Libro de Taliesin*. En esta versión la hemos mezclado con otras tradiciones de origen galés relacionadas con el héroe Lleu y su esposa Blodeuedd.

La historia de Apolo y Dafne es un mito bien conocido de la tradición grecolatina, narrado por Ovidio en sus *Metamorfosis*.

El relato del olivo de Atenea también procede de la mitología griega, al igual que el del roble que se utilizaba como oráculo en Dodona. Para esta versión hemos mezclado tradiciones de origen diverso, con el objeto de estructurar mejor cada uno de los relatos.

«El árbol al revés» es de origen africano, y recoge uno de los muchos mitos relacionados con el baobab, un árbol sagrado para algunas culturas subsaharianas.

El relato de «El árbol del conocimiento» es bien conocido en nuestra tradición, pues está tomado de la Biblia. Es un mito que comparten las tres religiones del Libro: el judaísmo, el cristianismo y el islam, aunque cada una de ellas ofrezca una interpretación ligeramente diferente. La nuestra constituye una reinterpretación de todas ellas en clave contemporánea.

La leyenda del fresno Yggdrasil era una pieza clave de la mitología nórdica. Yggdrasil unía con sus raíces y sus ramas los nueve mundos que aparecen en esa mitología, y constituía la encrucijada entre ellos. El mito de Odín y de su sacrificio cuando se cuelga de Yggdrasil para obtener el conocimiento es uno de los más emblemáticos de esta tradición.

«Jinmenju» tiene su origen en una creencia popular japonesa. Esta historia se enmarca en una tradición de árboles mágicos que dan frutos de forma humana. En cuanto a los personajes que aparecen en la historia son

ficticios y han sido creados para profundizar en las creencias sobre estos árboles.

Al mismo tipo de relatos podríamos adscribir la historia de «El árbol de zaqqum», que procede del Corán. A la hora de escribir este cuento, hemos enriquecido la leyenda con un relato en clave de ficción sobre un personaje histórico, Abu Sufyan, que fue uno de los primeros seguidores de Mahoma

Lo mismo ocurre con la leyenda de «Jubokko», también de origen japonés. La historia de Cheiko, la muchacha que salva al árbol maligno devolviéndole la inocencia, es completamente inventada, aunque la tradición de los árboles que se convierten en feroces depredadores después de probar la sangre humana es una leyenda bien conocida en el país nipón.

Por último, en el relato de «El árbol que sostenía el cielo» hemos mezclado dos leyendas europeas medievales, una procedente de Hungría y otra de origen siberiano. Para unir las, hemos creado el personaje ficticio de Ambrus, el hijo del panadero del rey.

Hemos dejado fuera de esta recopilación muchas otras historias que bien podrían figurar en ella, como la del prisionero del roble, relacionada con el personaje de Merlín y perteneciente al ciclo artúrico; o la del espinoso blanco de Glastonbury, en Inglaterra, que según la tradición brotó del bastón de José de Arimatea. También podríamos haber recogido la historia del árbol del dinero, procedente de China, o la del mago que se convirtió en arce, según una tradición de los indios Chippewa. Podríamos haber hablado del roble de Tor, tan importante en la mitología germánica, o del abeto de San Bonifacio, que simboliza la cristianización de los pueblos germánicos a través de un árbol que ha terminado asociándose a las fiestas de Navidad.

Lo cierto es que cada civilización ha tenido sus árboles sagrados y venerados por encima de los demás. Los mayas, por ejemplo, adoraban la ceiba, que unía el mundo subterráneo con el mundo de los vivos. El ciprés era venerado en el reino de Saba. La acacia se consideraba el árbol sagrado vinculado a la diosa egipcia Hator. La encina recibió culto en toda el área mediterránea. El álamo se relacionaba con el mundo de los muertos en la mitología mesopotámica. El avellano era el árbol del conocimiento para los griegos. Y las tradiciones míticas de numerosas culturas incluyen manzanos (desde la manzana de las Hespérides en la tradición griega hasta Ávalon, la

isla mítica de la tradición artúrica, que era tierra de manzanos). ¿Y qué decir del baniano (o higuera de Bengala) bajo el cual el príncipe Shiddarta alcanzó la iluminación, convirtiéndose en Buda?

Lógicamente, no era posible dar cabida a tantas y tan diversas tradiciones, pero las mencionamos para que el lector curioso se anime a investigar sobre ellas. Quedan muchas leyendas sobre los árboles que merecen ser contadas. Y seguro que ahora mismo, en alguna parte del mundo, alguien se está inventando una nueva que algún día formará parte de la tradición.

Los instantes perfectos (Oxford, octubre de 2010) y los seis títulos iniciales de la colección *Pizca de sal* (Anaya, marzo 2010).

^[1] Del País de Gales, Reino Unido. <<

[2] El roble es un árbol de corteza pardusca, copa ancha e irregular, hoja caduca, alterna y lobulada, y fruto (bellota) unido a un largo pedúnculo; crece en zonas de clima atlántico y en suelos húmedos y profundos. <<

[3] Arbusto muy ramificado de ramas cilíndricas, de color gris blanquecino, hojas escasas, pequeñas y lanceoladas, y flores solitarias o agrupadas en racimo, de color amarillo. <<

[4] Forjar significa trabajar un metal y darle una forma definida cuando está caliente por medio de golpes o por presión. <<

[5] El *aliso* es un árbol de tronco grueso, copa redonda, corteza oscura y rugosa, hojas caducas y frutos agrupados en pequeñas piñas. El *serbal* tiene el tronco delgado, corteza gris y agrietada, hojas caducas, en forma de lanza, flores blancas en racimos y fruto (serba) en forma de pomo. *El espin*
blanco o albar es de hoja caduca, ramas espinosas, flores blancas y frutos pequeños y carnosos. <<

[6] El álamo tiene el tronco erecto, corteza gris o gris verdoso, hojas caducas de color verde oscuro por el haz y blanco grisáceo en el envés. <<

[7] El acebo (en la imagen) es un árbol de corteza lisa y grisácea, hojas perennes, de color verde oscuro brillante, duras y con márgenes irregularmente dentados y espinosos, flores pequeñas y blancas, y fruto en forma de bolitas rojas. <<

[8] *Apolo* es una divinidad griega, hijo de Zeus y Leto y hermano de Artemisa. Era venerado por los romanos bajo el nombre de Febo-Apolo; *Dafne* era una ninfa o divinidad inferior de la naturaleza que vivía en los ríos, bosques, etc. <<

^[9] De los antiguos griegos y latinos y su civilización común. <<

[10] Delfos, ciudad de la antigua Grecia, en la Fócida, al pie del monte Parnaso, fue el centro religioso de la Antigüedad por su oráculo (mensaje o respuesta que las pitonisas y sacerdotes daban en nombre de los dioses). <<

[11] Isla griega, es la quinta más grande del Mediterráneo y la mayor de Grecia. Allí se desarrolló una civilización, denominada cretense o minoica, que alcanzó su máximo esplendor a partir del 2000 a. C. <<

[12] Dios griego del amor, hijo de Afrodita y Ares. <<

[13] La aljaba es una caja portátil para flechas o saetas que se llevaba pendiente de una correa colgada al hombro. <<

[14] Las dríades son ninfas de los bosques, de los robles en particular y de los árboles en general. <<

[15] Las *anémonas* son flores de la planta herbácea del mismo nombre, grandes y vistosas, de llamativos colores y sostenidas sobre un tallo veloso y rollizo. Las *campanillas* son flores cuya corola es de una pieza y con forma de campana. <<

[16] Árbol de ramas levantadas, hojas lanceoladas, flores en grupillos axilares y fruto en baya. <<

[17] La cítara es un instrumento musical de cuerda parecido a la lira, pero con caja de resonancia de madera. Se toca con púa. <<

[18] Mar del Mediterráneo oriental, situado entre las costas de Grecia, las de la península Balcánica y Asia Menor. Por el sur lo cierran una guirnalda de islas (Rodas, Cárpatos, Creta). En el noreste se une al mar Negro por el estrecho de los Dardanelos. <<

[19] Cetro en forma de arpón de tres dientes que se asocia a Poseidón (Neptuno para los romanos). <<

[20] La acacia es un árbol o arbusto de madera bastante dura, hojas compuestas o divididas en hojuelas, flores olorosas en racimos laxos y colgantes, y fruto en legumbre. <<

[21] El nogal es un árbol con tronco corto y robusto, del cual salen gruesas ramas para formar una copa grande y redondeada; sus hojas son puntiagudas, dentadas, gruesas y de olor aromático; de flores blanquecinas, da por fruto la nuez. <<

[22] El ficus es un árbol de hojas coriáceas y grandes, elípticas y más o menos agudas. <<

[23] La eritrina es un árbol tropical, de más de treinta metros, que se caracteriza por sus vistosas flores rojas. <<

[24] El magnolio es un árbol de tronco recto, corteza lisa, de color gris negruzco, copa ancha y cónica, hojas perennes, alargadas, grandes y duras, de color verde brillante, flores perfumadas y fruto con aspecto de piña. <<

[25] Sustancia que se crea a partir de la descomposición de materias orgánicas presentes en la capa superficial de un suelo. <<

[26] En la tradición católica, los querubines son ángeles que están junto al trono de Dios y que tienen un grado inferior al de los serafines. <<

[27] Caracteres que empleaban en la escritura los vikingos y otros pueblos germánicos. <<

[28] Genio o espíritu del aire de la mitología escandinava. <<

[29] Los vanir son uno de los dos grupos de dioses que constituyen la mitología escandinava (el otro son los llamados æsir). <<

[30] También llamada aguamiel, se trata de una bebida compuesta de agua y miel. <<

[31] El cedro es un árbol de tronco grueso y recto, copa en forma de cono, ramas horizontales, hojas perennes casi punzantes y fruto en forma de piña.
<<

[32] Árbol de tronco grueso y erecto, corteza lisa y grisácea, ramas altas que forman una copa redonda y espesa, hoja caduca, ovalada, de color verde claro y algo apuntada. Su fruto (hayuco) está encerrado en una especie de bola recubierta de espinas. <<

[33] La morera es un árbol de tronco recto e irregularmente ramificado, copa abierta, hojas caducas, ovaladas, flores verdes y fruto (mora) blanco, rosa o violeta. <<

[34] Árbol de madera muy dura y generalmente salpicada de manchas a manera de ojos, con ramas opuestas, hojas sencillas, lobuladas o angulosas, flores en racimo y fruto ligero rodeado de una especie de alas. <<

[35] Abu Sufyan (571-636). Mercader y financiero, fue uno de los primeros seguidores de Mahoma. <<

[36] Mahoma (570-632). Fundador del islam. <<

[37] Dinastía árabe que reinó en el califato de Oriente y en el de Córdoba. Su fundador fue Muawiya, quien derrotó y depuso al califa Alí en 661. El único superviviente, Abderramán I, consiguió llegar a España, donde se proclamó emir independiente de Córdoba. <<

[38] Dodona es un lugar que se encuentra al pie del monte Tomaros, a 80 km al este de la isla de Corfú, en la región de Epiro, famosa por el santuario de Zeus. El oráculo de Dodona, el más antiguo de los oráculos griegos, fue el más célebre de la Antigüedad después del Oráculo de Delfos. <<

[39] Famoso héroe griego, rey de Ítaca, esposo de Penélope y padre de Telémaco. <<

[40] Héroe griego, jefe de los argonautas, hijo del rey de Yolcos, Esón. <<

[41] Antigua región de Asia Menor, al este del Ponto Euxino y al sur del Cáucaso, célebre por la leyenda del vellocino de oro. <<

[42] Carnero con vellones de oro que salvó del sacrificio a los príncipes Frixo y Hele, los cuales, montados en él, cruzaron el Helesponto. Aparece en el relato de Jasón y los argonautas, quienes fueron en busca de su piel para conseguir que Jasón ocupase el trono de Yolcos en Tesalia. <<

[43] Así se llamaban los héroes griegos que acompañaron a Jasón en su búsqueda del vellocino de oro y que deben su nombre a la nave en la que viajaban, Argo. <<

[44] Guerreros samurais que se habían quedado sin amos y vivían como bandidos o mercenarios durante el período feudal japonés (siglos XII a XIX).

<<

[45] Ciudad de Japón situada en el sur de la isla de Hondo, en la desembocadura del río Yodo y junto a la bahía de su nombre. Es un importante puerto y una de las primeras ciudades comerciales del país. <<

[46] Situada en la orilla derecha del río Danubio, Buda es la parte occidental de la actual capital de Hungría, Budapest. <<

[47] Matías I Corvino (1440-1490). Rey de Hungría (1458-1490) y titular de Bohemia. Tomó Viena a Federico III, derrotó a los turcos y se coronó rey de Bohemia en 1469. Estrechó sus alianzas con Sajonia, Baviera, la Confederación Suiza, obispado de Salzburgo y reino de Nápoles, y dominó Serbia y Bosnia, convirtiéndose en el monarca más importante de Europa central. <<

[48] El *tilo* es un árbol de tronco recto y grueso, copa ovoide y densa, hojas caducas, verdes, acorazonadas, y flores (tila) olorosas, blancas o amarillas. El *ciprés* (en la imagen) tiene el tronco recto, ramas erguidas que forman una copa espesa y cónica, hojas menudas y persistentes y fruto en forma de piña con escamas leñosas. El *sauce* es de corteza gris con estrías longitudinales, copa amplia formada por largas ramas ascendentes, finas y flexibles, hojas caducas, en forma de lanza, y fruto en cápsula. <<